



**¡Un, dos, tres por mí!**

**Por el éxito y por todos mis compañeros**

***Inspirado en hechos reales***

***Gerry G. Loa***

**PRÓLOGO**

Conocí a Gerardo Loa, autor de este libro, una mañana (más bien casi de madrugada) en mi programa de radio. Es de esas personas imposibles de olvidar; no sé si los locutores estábamos amodorrados, medio dormidos, semidespiertos o las tres anteriores, pero su presencia nos despertó a todos. Una imagen impecable (de esas imágenes que dejan muy, muy atrás a las primeras buenas impresiones), una gran presencia y una apabullante facilidad para hablar, porque apenas eran las 6:15 de la mañana, e iba a cerrar un negocio con una de nuestras conductoras. En dos cortes comerciales ya lo había cerrado, nos dios una tarjeta de su compañía a todos, se despidió de mano de cada una de las personas presentes y se retiró.

Cuando salió me quede pensando, “esta persona tiene toda la imagen del éxito”.

Después lo conocí mejor, visité sus oficinas, conocí su forma de trabajar, sus principios y los valores con los que alimentaba a todo su equipo, y sí, no sólo era la imagen. Era el paquete completo; me di cuenta que era un hombre exitoso en muchos aspectos.

Para dar un ejemplo muy sencillo, la segunda vez que lo vi, me dijo “tengo muchas ganas de escribir de un libro”, le contesté “ah órale, qué padre” (o sea, no sabía que tan en serio era el comentario), y hoy estoy aquí escribiendo el prólogo.

Siempre que conozco a una persona que a todas luces se ve que es exitosa, me gusta preguntarle qué fue lo que hizo para llegar ahí, pero este libro me sorprendió y me dio una respuesta mucho más amplia y completa del concepto del éxito.

¡UN, DOS, TRES POR MÍ! POR EL ÉXITO Y POR TODOS MIS

COMPAÑEROS, es un libro que no sólo te enseña cómo lograr un éxito profesional, sino que nos explica lo que el éxito puede significar verdaderamente en nuestras vidas.

Nos enseña que el éxito va mucho más allá de lo material y del poder, que nos abre muchas puertas y alguna que otra ventana (panorámica, por cierto) para realizar lo que realmente nos hace felices, a aprender, a evitar el famoso y muy chapucero “no puedes” a transitar la ruta de la aceptación, el amor, las dificultades y el sentido de la vida, a aprender a estar verdaderamente aquí y ahora, a obtener frutos del poder de la planeación y hasta encontrar apoyo de tu niño interior, que es una de las fuerzas más grandes que muchos no sabemos que tenemos.

Pero lo que más me gusta de todo esto es la envoltura del regalo. En ¡UN,

¡DOS, TRES POR MÍ! POR EL ÉXITO Y POR TODOS MIS COMPAÑEROS, Pablo

y Matías, dos niños de 9 años, nos llevan literalmente de la mano (y a veces hasta del pie) a aprender y entender toda esta información de una manera suave, deliciosa, clara y muy práctica. Nos hacen cómplices de ellos, de sus aventuras y de algunas sorpresas que sólo 69 años te podrán explicar.

Este es un libro que te dará una visión más objetiva del éxito económico y lo más sensible del éxito espiritual.

Porque, al fin y al cabo:

Los niños (de algunos autores) siempre dicen la verdad.

**YORDI ROSADO**

**Presentación**

De una o de otra manera tenía que encontrar el rumbo y comenzar a compartir mi hallazgo.

Este libro comenzó como una idea. En esa idea yo inicié solo, pero pronto me sorprendí al encontrar personas maravillosas en el camino. Personas que van en la misma dirección que yo. Algunas de ellas me han enseñado que existen miles de maneras de pensar y diferentes formas de encontrar lo que se está buscando. Me han ayudado a entender que hay infinitos caminos para acceder al rumbo correcto.

No obstante, también he aprendido que en la vida hay experiencias que no es posible esquivar. Caminos que se deben andar para comprender el porqué de esta maravillosa etapa en la que hoy estamos, llamada *vida*.

Mi camino definitivamente era el de un solitario. Pero al descubrir mi punto de conexión con el mundo entendí que existe un puente entre cada una de las personas que llegan a tu vida y forman parte importante de un cambio. Un cambio que habrá de llevarte a lugares extraordinarios, en los que el destino es: felicidad, éxito, amor, cúspide, madurez, paz, plenitud, vida, o como tú decidas llamarlo. Entendí que estos seres mágicos te ayudan a descubrir cosas increíbles, que te hacen un ser humano más humilde y maravilloso en cada una de las grandes decisiones que tomas a lo largo de tu vida.

Mis caminos se construyeron con base en esas experiencias que otros quisieron compartirme para que retomara el rumbo a casa, cada vez que me he sentía perdido.

Al recorrer esas sendas, comprendí que debía permitirme consultar notas y experiencias de todos quienes forman parte de esta aventura, incluso de aquellos

que lograron llegar a su destino e hicieron ya su viaje al futuro. Personas que hoy ya no están con nosotros.

Lo único que puedo pedir a la vida es que cuando yo mismo emprenda ese viaje al futuro, pueda encontrarlos ahí y celebrar juntos que logramos encontrar nuestro éxito y que dejamos un mapa y una ruta para que otros puedan llegar a su propio éxito. Me sentiría orgulloso de poder ser inspiración para otros.

Este libro únicamente es una herramienta que refleja lo que esas personas especiales me han enseñado a lo largo del camino y hoy quiero compartirlas contigo.

Sé que algunos de quienes lean esta aventura se quedarán en el camino, otros encontrarán atajos o se convertirán en guías e inspiración para otros. Lo único que quiero pedirte es que, al iniciar la lectura, cierres los ojos unos segundos e invoques a ese pequeño niño hermoso que dejaste atrás en el camino un día sin darte cuenta. Dale la oportunidad de venir a jugar contigo. Invítalo y permite que sea él quien lea esta aventura, pues está escrita por y para él.

Deseo que tengas todo el éxito en tu camino y que encuentres todo lo que necesitas para conseguir lo que más deseas dentro de ti.

¡Gracias hoy a ti!

¡Sencillamente hoy es ya un día increíble!

¡Gracias de nuevo por el día de hoy!

**Agradecimientos**

¡UN, DOS, ¡TRES POR MÍ! ha sido un proyecto muy especial, inspirado en hechos reales en los que tuve la suerte de participar y de convivir con gente extraordinaria.

Estoy profundamente agradecido con todo mi equipo en Cassagne & Asociados y en SMNYL, que con todo su entusiasmo y energía me permiten día a día aprender, expresar y desarrollarme en la vida y en esta carrera maravillosa.

Agradezco a todos esos seres increíbles que me han compartido con mucha humildad sus grandes experiencias.

A ti, abuela: fuente de amor, energía y bondad. Nos dejaste una lección de vida tan grande en tus últimos 10 años.

A mi padre: a pesar de todo, gracias, y nuevamente gracias por dejarme ser, por dejarme tropezar, aprender y siempre fomentar en mí una visión empresarial con valores.

A ti, mi querido Víctor Feldmann: por formar una pequeña parte de esta historia. Por ser un gran líder y siempre estar dispuesto a escuchar.

A mi gran amigo y hermano Claudio Bermúdez: porque cada vez que te veo me enseñas lecciones de humildad.

A mi querido Gil Elizondo: por enseñarme que el éxito es consecuencia de un proceso. Gracias por compartirme tus conocimientos.

A mí querido Ricky: porque siempre estás dando. Por haber vencido tu miedo y por compartírmelo.

A mi gran amigo, José Ramón Silva: por ser extraordinario, por tu humildad y por abrirme la puerta de la editorial para compartir esta gran obra.

A ti, mi querida Susy Mondragón: por enseñarme a ver la vida con una perspectiva diferente y a quitar de mi espalda esa piedra tan pesada que hoy ya no existe.

A ti, Kika: por permitirme verte todos los días. Por estar hoy y poder cuidarte como a una hija.

No puede faltar el agradecimiento a mi querido Eduardo Rivera, por creer en esta mágica obra, ser parte de ella y ayudarme a encaminar la historia con tu tinta.

Y, por último, gracias a ti: por leer este libro. Estoy seguro de que dejará una semilla muy valiosa en tu interior.

**Gerry G. Loa**

# CAPÍTULO 1 ¿Un, dos, tres por…?

Aquel domingo, Pablo sólo quería jugar con su papá a las escondidillas. No esperaba que su padre se perdiera al esconderse.

—¡Un, dos, tres por ti! —gritó Pablo al encontrar a su papá.

Ese domingo no había sido como los demás. Su mamá había tenido que salir y ellos dos estaban solos.

Pablo jugaba en su parte favorita de la casa: la sala, con su techo tan alto como el cielo y todos esos detalles de madera en los marcos de las ventanas. La enorme puerta en las molduras que hacían frontera entre los muros y el alto techo. A Pablo le daba por imaginar que eran árboles de un bosque que lo cuidaban y lo protegían.

Después del desayuno, Pablo pasó toda la mañana jugando en la sala con sus autos de juguete, pensando dónde ponerlos a competir y de qué manera los acomodaría sobre la carreterita que había construido con todas las cosas que tenía a su alcance. Una de las curvas más divertidas pasaba justo debajo de una de las patas de los sillones, como si el camino se hubiera adentrado en el ombligo de una montaña, en un larguísimo túnel de esos que parecen no tener luz al final. La sala, los juguetes y todos los adornos de mamá que estuvieron a su alcance sirvieron como circuito profesional de carreras y fueron testigos mudos del fabuloso triunfo de aquel rojo Ferrari de Fórmula 1 que su papá le había regalado un año antes, en su cumpleaños. Ese bello auto era su favorito de entre toda su colección.

Después de un largo rato, de la emoción de la victoria y de prepararse un sándwich triple de crema de cacahuate como gran trofeo; Pablo estaba algo aburrido así que decidió ir a buscar a su papá. Le gritó un par de veces y subió a

buscarlo a la recámara. Recordó que después del desayuno no lo había visto y ya era casi la hora de comer. Gritó de nuevo. En la recámara no había nadie. Escuchó entonces un ruido abajo y algo como una queja. Pablo sonrió y pensó: “Papá juega a las escondidillas conmigo. Está bien, voy a contar hasta diez. Uno, dos, tres…”. Pablo se hincó en la cama de sus papás y puso su cabeza sobre su brazo mientras contaba, como para no ver lo que ocurría. “¡…Nueve, diez! ¡Diez, papá! Listo o no,

¡ahí voy!

Pablo salió corriendo de la recámara, pasó por el pasillo y bajó las escaleras casi tan rápido como su Ferrari rojo. Pasó de largo la sala, pensando que ahí su papá no podría tener lugar para ocultarse, pero de nuevo escuchó algo que lo hizo regresar.

—¡Un dos tres por ti! —gritó emocionado Pablo al tocar a su papá, pero él no pareció notarlo, sentado ahí, en el sillón; dormido, como extraviado.

Al parecer, su papá había pasado todo ese tiempo encerrado en la cocina.

—¡Papá! ¡Un, dos, tres por ti! —insistió Pablo.

Su papá abrió con mucha dificultad un ojo y balbuceó algo que Pablo no pudo entender. Él no entendió al principio, pero de inmediato recordó: papá no estaba jugando a esconderse; papá se sentía mal. Había estado bebiendo otra vez.

En ese momento, Pablo sintió miedo. Mucho miedo. Como las veces anteriores que había visto así a su papá. Lo primero que pensó fue ir a buscar a su mamá para que ayudara a su papá, para que lo hiciera sentir mejor, pero ella no estaba y no regresaría hasta la noche. Estaban solo él y su papá. Entonces sintió el impulso de irse a su cuarto y no saber más hasta que mamá regresara, pero no logró dar ni medio paso cuando su papá volvió a quejarse, mientras ponía sus manos sobre el abdomen. Pablo ya había visto eso también. Su papá buscaba sacar toda la tristeza que tenía dentro de él y que le dolía hasta hacerlo incluso vomitar todo el alcohol que lo enfermaba. Escuchar a su padre quejarse fue como un llamado que Pablo no podía desatender. Se imaginó de pronto como el miembro de una tribu al que le conferían una tarea fundamental para todos. Sintió miedo, pero la emoción de cumplir con la tarea fue mayor.

Pablo se acercó a su padre. Lo miró, lo abrazó y lo jaló para que se pusiera de pie. El primer impulso lo hizo darse cuenta de lo desproporcionado de la tarea. Nunca antes había notado cuán pesado era su papá, porque él era siempre quien cargaba a Pablo, quien lo ayudaba a levantarse cuando se caía, quien lo ayudaba a sentirse mejor. En el instante en el que el chico pensaba todo eso, su papá abrió los ojos y lo miró directamente. Ese gesto le permitió notar cuán mal se sentía su papá en ese momento y cuánta ayuda necesitaba. Entonces todo pensamiento se diluyó y fue como si todo en Pablo estuviera de acuerdo en cumplir con esa labor que, sin entender por qué, le había sido encomendada. De un solo jalón, un lento y prolongado jalón, ayudó a su papá a ponerse de pie. Ambos se tambaleaban, pero lograron avanzar unos pasos sin pisar el Ferrari rojo y el resto de las cosas de la carreterita. Avanzaron muy lentamente hasta llegar a la escalera y, sin pensarlo, Pablo tomó la mano derecha de su papá y la colocó en el barandal, mientras lo ayudaba a subir desde el lado izquierdo. Pasaron muchos minutos antes de que lograran siquiera subir dos escalones. Tras semejante esfuerzo el papá de Pablo tuvo que sentarse para evitar las nauseas que su estado le provocaban.

Pablo no supo cuánto tiempo pasó, pero la luz del día ya era distinta cuando lograron llegar al último de los escalones. De ahí a la recámara fue entonces apenas un paso. Pablo ayudó a su papá a recostarse en la cama y cuando recordó las veces en las que a él lo llevaba cargando al quedarse dormido en la sala, supo qué hacer: le quitó los zapatos a su papá, le aflojó el cinturón, lo arropó y le colocó una almohada extra detrás de la cabeza. Los cansancios en las manos de Pablo hacían que temblaran. Eso fue lo último que vio antes de quedarse dormido junto a su padre. La tarea asignada había sido cumplida y eso lo hacía sonreír satisfecho.

Pablo no lo recordaría durante mucho tiempo, pero al dormir, soñó. En el sueño él vivía en una aldea. donde había personas como sombras y personas como luz. Todos danzaban en torno al fuego y había tambores cuyo sonido hacía que los corazones siguieran un mismo ritmo. Frente a la fogata había un objeto al que los aldeanos parecían dedicar aquella danza. Era un espejo, un espejo alto. Y su papá estaba sentado dándole la espalda al espejo. Entonces Pablo se soñó como uno de esos seres de luz y como uno de esos seres de sombra que se miraban el uno al

otro y, deteniendo la danza, miraban directamente al espejo. Ambos Pablos, el de luz y el de sombra, corrían directo al espejo, pero al pasar junto a su papá, éste los tomaba del brazo y cariñosamente les decía: “Tu tarea aún no está completa, Pablo. Debes iniciar la búsqueda…”.

En ese momento, la voz de su padre en el sueño se mezcló con otra voz: “¡Pablo, Pablo! despierta, hijo. ¡Despierta!”. Esa voz lo trajo de vuelta desde el sueño. Era la voz de su mamá que había regresado a casa.

–¿Qué pasó, hijo? ¿Te sientes bien?

Olvidándose un momento del sueño, Pablo le contó a su mamá lo que había pasado. Le contaba, emocionado, la misión que había cumplido al llevar a su papá a descansar y hacer que se sintiera mejor. Pero en su mamá la emoción de Pablo se convirtió en indignación y gritos.

—¡¿Pero, ¡¿cómo es posible?! —dijo desesperada su mamá –. Te dejo al cuidado de tu padre y resulta que tú terminas cuidándolo a él. No puedo creerlo.

Los gritos despertaron al padre de Pablo. Aún no se sentía del todo bien, pero podía escuchar y entender los gritos y la indignación de su esposa.

—Tienes razón –dijo–. No debería haber pasado esto. Lo siento.

—Pero no basta con que lo sientas. ¡Las cosas deben cambiar! ¿Cómo pudiste hacer que tu hijo viviera esto? Es un niño, él no puede…

—Te equivocas –interrumpió el papá de Pablo con una voz que se hizo de pronto mucho más clara y se dirigió a su hijo–. ¿Sabes por qué pudiste ayudarme a pesar de todo? ¿Sabes cómo lograste subirme a la recámara a pesar de que estaba tan mal? Es muy simple: porque en casa no hubo un adulto que te dijera “No puedes”.

Pablo miraba a su padre. No sólo tenía un mejor su semblante, sino que alcanzó a identificar en sus ojos una luz que no había visto antes. Después de una pausa, su papá se dirigió a la mamá de Pablo.

—¿Entiendes? Mi hijo me ayudó porque ni tú ni yo estuvimos aquí para decirle “Tú no puedes hacerlo”. Esa es la base de cualquier proyecto y de cualquier aventura. Cuando no hay quién te diga “Tú no puedes…”

La noche y el silencio se apoderaron de pronto del ambiente en esa recámara. La última palabra que escuchó Pablo antes de caer dormido —tras ese enorme esfuerzo— fue “aventura”. Algo en esas ocho letras funcionó como un arrullo. Su padre tuvo oportunidad de regresar el favor que había recibido horas antes: lo sostuvo en sus brazos mientras su madre le daba un beso en la frente y así permanecieron hasta que Pablo emprendió su viaje hacia el sueño.

# CAPÍTULO 2 ¡Es mi cumpleaños!

—Es el día… ¡Ya es de día! —dijo Pablo y dio un salto fuera de su cama.

Ese día no era como los demás. Cada mañana lucha por escapar de las cobijas azules y blancas como un profundo cielo de invierno. Sus cobijas favoritas lo hipnotizan con su comodidad de nube y no lo dejan levantarse: son un enemigo de respeto.

Si hay algo en la vida que le gusta a Pablo es dormir. Mejor dicho: lo que a Pablo le gusta es soñar, y para soñar debe estar dormido. Aunque daba la impresión de que siempre tenía pereza, Pablo no sabía aún cómo soñar despierto. Por eso pasaba el mayor tiempo posible descansando, con los ojos cerrados, en espera de ese momento emocionante en el que el siguiente sueño iniciara. Era como esperar en la sala de un cine, en completa oscuridad, a que la película empezara. Al menos hasta que su mamá tocaba a su puerta para apresurarlo. ¡Eso funciona siempre!

Pero hoy, al menos, a Pablo le bastó abrir los ojos para escapar de las cobijas y saltar fuera de la cama. No era un día normal. Por si las dudas, corrió hasta cruzar la habitación, esquivó de un salto su colección de autos de juguete regada por el piso, evitó a sus soldados y tomó sus pantuflas. Corrió a consultar el pequeño calendario de hojas desprendibles que había guardado desde hacía casi un año, con una fecha marcada. Todo estaba en orden. Al menos nada había cambiado mientras dormía.

—¡Hoy es 13 de diciembre! —gritó Pablo mientras arrancaba la hoja del calendario—. ¡Hoy es mi cumpleaños!

Botó el papel por los aires y corrió a verse al espejo. “¡Ya tengo nueve años!”

—pensó mientras se miraba al espejo como si buscara la diferencia entre un niño de ocho y un niño nueve años—. “Hoy todo se va a poner genial. Voy a tener pastel y me van a felicitar mis papás, y me van a dar muchos regalos. Va a ser el mejor cumpleaños. ¡Hoy todo será un éxito!”.

Poner esa palabra en su mente creó un eco y al mirarse en el espejo, completó el recuerdo: arduamente rememoró los instantes del sueño que había tenido un par de días atrás, como piezas de un rompecabezas que ahora tomaba forma.

Además, recordó que la noche anterior, cuando sus papás lo mandaron a dormir, los escuchó discutir. Estaba tan emocionado por su cumpleaños que no pudo dormir y decidió salir a escuchar mejor lo que sus padres decían. Ellos discutían casi a gritos. Hablaban de números, dinero y gastos, pero Pablo no entendió mucho. Lo que sí entendió fue algo que su padre comentó; algo que llamó su atención, porque el tono que utilizó fue el mismo que usaba para reprenderlo cuando su boleta tenía malas calificaciones. Lo que su padre dijo fue: “Sólo quiero lo mejor para ustedes, y para conseguirlo necesito encontrar el éxito”. Después de eso, no dijeron más, o quizá Pablo no los escuchó porque de inmediato se quedó mirando el techo y su emoción se volvió curiosidad. “¿Qué cosa será el éxito?”, pensó. Llevó y trajo esa pregunta dentro de su mente muchas veces, hasta que de pronto se quedó dormido.

Pero a la mañana siguiente, Pablo se descubrió frente al espejo repitiendo esa palabra cuando dijo: “Todo va a ser un éxito”. La curiosidad lo atacó de nuevo. “¿Qué querrá decir papá con eso de tener éxito? ¡Ya sé! Le preguntaré a Matías, seguro que él sabe”.

Matías era el mejor amigo de Pablo. Había estado junto a él siempre que lo necesitó y ahora no sería la excepción. Pablo se vistió lo más rápido que pudo y salió al jardín a buscarlo. Después de todo, era su cumpleaños. Estaba seguro de que Matías estaría cerca, pero no lo encontró. Pablo regresó a su cuarto algo sorprendido, pero apenas cruzó la puerta, vio a Matías frente al espejo, acomodándose una gorra de beisbol que parecía nueva.

—No me veo nada mal hoy, ¿verdad, Pablo? ¿Te gusta mi gorra?

Pablo no respondió y fue a darle el más fuerte abrazo que un mejor amigo de nueve años puede darle a otro mejor amigo de nueve años cuando lo necesita. Sin embargo, Pablo no se notaba tan alegre como Matías hubiera esperado.

—¿Qué pasa, Pablo? ¿No te da gusto cumplir años? ¡Felicidades!

—¡Claro! —respondió Pablo poco convencido —. Es que anoche escuché a mis papás hablar y dijeron algo que no entendí… ¿Tú sabes qué cosa es el éxito, Matías?

Los ojos de Matías eran grandes de por sí, pero con la pregunta de Pablo, se abrieron tanto que parecía que lo eran aún más.

—Claro, Pablo… —dijo Matías con una risa algo nerviosa— tener éxito es… Pues… ¡Ser exitoso!

Ambos rieron. La respuesta de Matías no parecía muy convincente.

—Tú no sabes nada —dijo Pablo entre carcajadas—. En serio, Mati. Mi papá se escuchaba preocupado por eso del éxito. A lo mejor yo los puedo ayudar, ¿no?

—¡Yo te ayudo! Tengo una idea: podemos averiguarlo, ¿no?

—¿Cómo detectives? —dijo Pablo, quien ahora tenía los ojos como plato—.

¡Sí! Vamos a investigar qué cosa es el éxito.

—Pero yo tenía un regalo para ti, Pablo. Por eso vine antes que nadie a felicitarte. ¿No lo quieres? Además, ahora que lo pienso, ese regalo podría ayudarnos en nuestra aventura.

—¡Sí! ¡Regalos! ¿Dónde lo tienes, Mati? —dijo Pablo mirando hacia todos lados—. ¿Lo escondiste, verdad? Anda, dime qué es.

—Lo tengo aquí dentro –dijo Matías señalando su cabeza. Se quitó su gorra y sacó de ella una hoja doblada, como un mago que saca de su sombrero el mejor de sus trucos.

—Es un cuento, Pablo. ¡Toma!

—¿Un cuento? —contestó Pablo, con cierta decepción—. ¿En serio? ¿Un cuento?

—Sí, me lo contó ayer un amigo y lo escribí para ti. Te va a gustar. Trata de un reino de ciegos y un elefante. Mira, te lo leo…

Érase una vez *un reino de ciegos en el que todas las personas vivían felices, pero había algunos que vivían más felices que otros. Por ejemplo, el rey y sus cuatro hijos eran los ciegos más felices del lugar.*

*Los días eran buenos y pasaba el tiempo sin sorpresas en el reino, hasta que un domingo por la tarde, un mensajero interrumpió la cena del rey con una noticia: mañana llegaría al reino un gran regalo de un rey al otro lado del mundo: un elefante. El rey pidió la atención de sus hijos para contarles.*

*Cuando ellos escucharon la palabra “regalo”, brincaron de alegría. Amaban los regalos. Después de unos momentos de completa algarabía, uno de ellos le dijo al rey: “Pero, ¿qué es un elefante?”. Todos soltaron una enorme carcajada, menos el rey. El rey sabía qué era un elefante y pensó que sus hijos debían saber también. “Qué regalo más oportuno”, dijo. Mañana, hijos míos, irán a la puerta del reino a conocer lo que es un elefante. Y volverán y me contarán. Entonces, todos sabremos qué es un elefante y podremos reírnos mucho más todos juntos”.*

*Y así fue, a la mañana siguiente, los cuatro príncipes del reino de los ciegos estaban tan emocionados y felices por conocer al elefante que apenas pudieron dormir. Al amanecer ya estaban listos para ir en la diligencia hasta la puerta del reino.*

*Cuando llegaron, el elefante ya estaba ahí. El primero en acercarse fue el hijo menor. Su prisa no lo dejó pensar en cómo acercarse a algo que no conocía. Apenas alcanzó a tocar la cola del elefante, pero eso le bastó para pensar: “¿A esto le llaman elefante? ¿Una palabra tan fuerte, tan poderosa como e-le-fan-te para nombrar un plumero? ¿Un elefante es un plumero? Y, además, roto. Esto no sirve, es muy frágil. El rey no estará complacido con su regalo”.*

*El siguiente en acercarse chocó su cabeza con el vientre del elefante, pero al instante se dio cuenta de que era algo extraordinario: “No tiene soporte”, pensó. “¡Qué cosa más extraña y fabulosa es esto! ¡Este regalo flota!*

*¡Es una maravilla! Ahora entiendo la felicidad del rey ayer. Ya quiero ir a decirle lo mágico que me pareció estar cerca de un elefante”.*

*El tercer príncipe iba dando pasos lentos, pero seguros. Al percibir la pata del elefante frente a él, se acercó, la tocó con cuidado y cuando estuvo seguro de lo que tocaba, le dio tanto gusto que hasta lo abrazó. “Un elefante es un árbol”, se dijo. “¡El tronco de un árbol! Tan firme, tan asentado en su lugar en el mundo. Qué confianza me da abrazarlo. Siempre es bueno tener algo tan firme cerca”.*

*El mayor de los príncipes fue el último en acercarse, aunque no lo necesitó mucho, porque al extender la mano, fue la trompa del elefante la que lo alcanzó a él. “¿Un elefante es una manguera?” —pensó—. “¡Vaya! Quizá no sea una maravilla, pero le será útil al reino. Aunque no entiendo para qué ponerle por nombre ‘elefante’ a una manguera”. En eso pensaba cuando, al intentar regresar a la diligencia, dio un giro y sintió un repentino ardor en el brazo. El colmillo del elefante había logrado hacerle daño sin que el animal se moviera. Sin embargo, el príncipe se alarmó de inmediato: “Un elefante es algo peligroso. Será mejor no subestimarlo. Podría ser algo que ocasione daños muy graves. Estoy seguro de que el rey no sabe esto de su regalo. Debo informarle de inmediato”.*

*Y fue así que los cuatro príncipes del reino de los ciegos regresaron lo más rápido posible a compartir sus conclusiones acerca del elefante. Al llegar, cada uno le describió al rey lo que habían conocido, pero cada uno le describía un objeto distinto y hablaban todos al mismo tiempo.*

*Cansados y molestos, los príncipes ciegos comenzaron a discutir, entonces, el rey les reveló el verdadero regalo. “Ésta es una lección —les dijo—. Y cada uno parece haberla aprendido de manera distinta. Ahora quiero revelarles el verdadero regalo: lo que ese elefante significa es la vida. Para unos, la vida puede ser una palabra con un profundo sentido, pero muy frágil. Para otros. Puede ser ligera, mágica e increíble, algo que merece la pena contarse. Algunos más pensarán que la vida es algo sólido y firme; algo a lo que podemos aferrarnos con un abrazo. Y otros más pensarán que la vida es algo sorpresivo y peligroso; algo de lo que hay que tener precaución. Mi regalo es la perspectiva. Ahora saben que nada se conoce por completo si sólo se*

*escuchan distintas opiniones. El secreto es dar algunos pasos atrás y percibirlo todo desde una perspectiva mayor. Así es como espero que reinen esta tierra: Tengan perspectiva en su vida. De esa manera serán reyes felices y exitosos”.*

—Espera, Mati: ¿qué dijo el rey?

—¿Eso de que tengan perspectiva? —preguntó Matías.

—No –respondió Pablo–. Al final, el rey dijo “Serán felices y exitosos”, ¿no?

—¡Ah, eso! —respondió Matías—. ¡Sí, tienes razón! En el cuento también mencionan la palabra “éxito”.

Ambos se quedaron en silencio un instante.

—¿Quién dices que te contó el cuento, Mati?

—¿Crees que él sabía que tendríamos esta aventura juntos? —respondió Mati, algo incrédulo— ¡Podemos ir a preguntarle! De cualquier manera, teníamos que ir.

—¿Teníamos? ¿Yo por qué? —dijo, incrédulo, Pablo.

—Porque me contó la historia mientras te hacía el otro regalo que tengo para ti. ¡Toma tu mochila y vamos! ¡El que llegue al última compra tu pastel de cumpleaños!

En ese momento, Matías salió corriendo.

Sin notar qué tenía dentro, Pablo tomó su mochila, guardó en ella el cuento que le acababa de regalar Matías y, de paso, el auto favorito de su colección, aquel hermoso Ferrari rojo.

Pablo corrió tras Matías. No tenía mucha idea de nada, pero le emocionaba pensar que podría ayudar a su papá a encontrar el éxito para a que ya no discutiera con su mamá por las noches. Y, sobre todo, para que ya no se sintiera enfermo de nuevo como hace un par de días.

Además, no quería pagar su propio pastel de cumpleaños. ¡Tenía que correr!

# CAPÍTULO 3 El avión de madera

A unas pocas cuadras de la casa de Pablo, Matías detuvo su carrera. Pablo se siguió de largo unos pasos.

—¡Es aquí!

Pablo regresó esos mismos pasos caminando lentamente hacia atrás, extrañado. Miraba de arriba hacia abajo la pared. No recordaba que hubiera una tienda de juguetes o de regalos ahí. Estaba seguro, porque ese era el camino que recorría todos los días cuando regresaba de la escuela. Cuando estuvo frente a Matías, lo miró con sospecha e hizo una cara muy parecida a la que hace cuando su mamá le da aquel jarabe contra la tos que sabe a todo menos a cereza.

—Es broma, ¿verdad, Matías?

—¿Por qué te haría una broma sobre tu regalo de cumpleaños? —respondió Matías asomando la cabeza dentro del establecimiento—. ¡Hola! ¿Hay alguien?

Nadie respondió. Desde afuera podía verse, en una de las paredes, una tabla perfectamente pulida sobre la que se acomodaban letras de madera, más oscuras que las de la tabla donde las habían pegado. Esas letras formaban la frase “Taller de carpintería Don Leo”.

—¿Un taller de carpintería? Pensé que íbamos por mi pastel.

—¿Hola? –repitió Matías sin hacer caso a la pregunta de Pablo. Luego entró al taller. Volvió a decir “hola” varias veces, mientras saltaba para alcanzar a mirar detrás del mostrador.

No había nadie que atendiera. Sólo estaba ese aroma a aserrín que le gustaba tanto a Matías, al punto de hacerlo sonreír.

Pablo, en cambio, no estaba tan entusiasmado. Ni siquiera había entrado al taller. Seguía afuera, como esperando que su amigo le dijera que se había equivocado de lugar.

—Mati, ¿qué hacemos aquí? ¡Ven!

—¿Hola? ¿Don Leo? ¡Vengo por el regalo de mi amigo! —dijo Matías, casi a gritos.

Del fondo del taller se escuchó la voz tenue de don Leo, el carpintero: “¡Un momento! ¡Casi está listo! ¡Ahora voy!”.

La voz provenía del fondo del taller, desde donde se escucharon pasos que se abrían camino pesadamente entre el aserrín, arrastrando la suela de los zapatos contra el piso. Lentamente, don Leo se acercó al mostrador repitiendo en voz baja: “Está listo. Está listo…”.

Lo primero que vieron los chicos fue su gorra, que alguna vez fue blanca; unos lentes redondos, de un tono verde casi oscuro, y su breve bigote cano, perfectamente recortado. Don Leo era un hombre mayor, pero sus movimientos no eran de un anciano. Pablo se imaginaba a un carpintero con un mandil de trabajo enorme y un lápiz posado sobre la oreja. En cambio, don Leo vestía una camisa azul a cuadros sobre una playera blanca, y unos jeans como los que a veces se ponía su papá los domingos para ir al parque.

—Buen día, niños. —dijo don Leo con amabilidad, caminando hasta donde estaban para extender su mano y saludarlos—. El regalo estará listo en unos momentos, sólo le faltan algunos detalles que estoy terminando. ¿O prefieren regresar más tarde?

—Podemos esperar —contestó Matías. Pablo, que aún tenía una cara de sorpresa y molestia, no podía dejar de mirar las manos de don Leo: lucían ásperas y tan hinchadas que parecían mucho más grandes de lo que eran realmente.

—De acuerdo —dijo don Leo—. No tardaré mucho. Pasen.

—¡No! —dijo de inmediato Pablo— Aquí estamos bien.

Tras la respuesta, don Leo no pudo ocultar cierta tristeza en su rostro. Matías le dio un codazo a su amigo y mientras el señor regresaba al fondo del taller, Matías se escabulló dentro, detrás del mostrador. De pronto, Pablo estaba solo. Su deseo

de ir a casa era casi tan grande como el de averiguar qué era el regalo que le esperaba. Matías regresó, se asomó del otro lado del mostrador e hizo un ademán con la mano para que Pablo entrara.

—El regalo es para ti, ¿verdad? ¿Cómo te llamas? ¿Por qué no te acercas a verlo?

—Me llamo Pablo.

El regalo era un hermoso avión de madera. Estaba tallado con gran cuidado y detalle. Era de esos aviones antiguos con hélice, en los que viajaban sólo dos personas, una detrás de otra. A Pablo le pareció hermoso su regalo.

—¿Eso es para mí, Matías? ¡Muchas gracias! ¡Está genial!

—Pero aún le faltan detalles –interrumpió don Leo con tono seco, mientras tallaba la figura y miraba una y otra vez el juguete, buscando imperfecciones.

—A mi me parece que así está bien, señor —dijo Pablo, quien por primera vez se dirigía amablemente a don Leo. El carpintero, por su parte, no respondió, pues estaba muy concentrado en su tarea.

—¿Puedo preguntarle por qué está triste, don Leo? —dijo Matías. Don Leo suspiró y tardó un momento en contestar.

—Ustedes me recuerdan a mis nietos. Y a mis hijos, cuando eran de su edad.

Ellos ya no vienen a verme.

—¿Por qué? —preguntaron al mismo tiempo Pablo y Matías.

—¡Yo qué voy a saber! —refunfuño don Leo de inmediato— A lo mejor se avergüenzan de lo que soy. Que si yo nunca quise salir de mi taller. Que si a ellos les va bien. Que si estudiaron mucho y ahora son exitosos… Y no sé qué tanto más. Pablo miró con sorpresa a Matías. En ese momento recordó la historia que le había contado su amigo momentos antes y la razón por la que habían ido ahí. ¡Esto empezaba a ponerse emocionante! Ahora estaba seguro de que don Leo sabía algo

e iba a averiguarlo:

—¿Usted sabe algo, verdad, don Leo? —preguntó Pablo, con la mejor cara de detective de caricatura que pudo recordar y poniendo su mano en la barbilla. Don Leo lo miró extrañado, sin decir nada. Y se hizo un largo silencio del que Matías los salvó.

—Lo que Pablo quiso preguntar fue: “¿usted sabe qué es ser exitoso?”. Le conté a Pablo la historia del elefante y los príncipes ciegos que tuvieron que aprender lecciones para ser buenos reyes.

—¡Ah, la historia! —respondió sin mucho interés don Leo—. Esa historia me la contaron alguna vez como yo te la conté a ti ayer. Me pareció interesante. ¿Pero yo qué carambas voy a saber si tiene algo qué ver con ser exitoso? Debe ser algo como estudiar bien, tener una casa y un auto, y una familia…

Pablo se apresuró a sacar de su mochila el Ferrari de juguete que guardó antes de salir, porque algo no estaba claro. Sus papás habían estudiado la universidad y ambos tenían trabajo, un auto, y les alcanzaba hasta para comprarle a él juguetes como ése… “¿Entonces por qué mi papá busca el éxito si ya lo tiene?”, pensó Pablo mientras miraba su auto rojo, hasta que Matías rompió su concentración con otra pregunta.

—No, quiero decir: ¿qué es ser exitoso para usted?

—Yo sólo amo lo que hago —respondió don Leo—. Aprendí a amarlo desde las primeras veces que mi abuelo me llevó a su taller en el pueblo. Y, aunque no lo parezca, estudié mucho y practiqué y practiqué… Disfrutaba hacer cada mueble. A lo mejor ser exitoso es eso: amar lo que se hace y disfrutarlo. Yo sólo sé que me gusta hacer lo que hago.

Don Leo continuaba detallando el avión mientras hablaba. Lo miraba desde distintos ángulos como buscándole defectos que le impidieran levantar el vuelo de verdad. Pablo mientras tanto se dijo en voz baja, casi como si se le escapara el pensamiento: “¿a mí qué me gusta hacer?”.

—No sé, niños —continuó, entre suspiros, don Leo–, siempre me ha gustado pensar que ayudo a la gente a estar más a gusto en sus casas, más cómodos, pues. A veces, cuando se llevan mis muebles me los imagino en sus casas, pasando un mejor rato con su gente. Eso me hace feliz. Y, además, me pagan por hacer eso y con ese dinerito pude darle escuela a mis hijos. No sé qué sea eso del éxito, pero yo estoy contento. Me pongo a pensar, ¿cuántas personas tienen la suerte de darle de comer a su familia haciendo lo que aman hacer? Siempre he sido feliz con esto.

—Entonces, ¿por qué está triste ahora don Leo? —dijo Pablo, que ya había entrado en confianza.

Don Leo se quedó pensando un segundo, sin dejar de mirar el avión de madera. Resopló sobre las alas del juguete, lo miró por última vez y dijo sonriendo:

—Creo que ya está listo tu regalo. Toma.

Matías dejó que Pablo lo tomara directamente. Era muy bello. Uno de los mejores juguetes que le habían regalado. La sonrisa de Pablo no cabía en el taller y al parecer contagió a don Leo.

—Tienen razón. No tengo por qué estar triste, ¿verdad? —dijo don Leo con una sonrisa. Parecía como si le hubieran dado cuerda. Se puso a limpiar sus herramientas y a caminar hablando solo—. Ahora que recuerdo, mi nieto necesitaba un lugar donde hacer sus tareas. Vamos a ver… yo creo que por aquí debe haber un tablón de pino… Va a quedar bien bonito el escritorio, ya verán… Luego vienen y les enseño cómo quedó.

Mientras don Leo recuperaba su alegría, los niños tomaron el avión de madera y el auto de juguete y salieron del taller, de vuelta a casa. Don Leo estaba tan ocupado que apenas se despidió de ellos.

—¡Amen lo que hacen, niños! ¡Aprendan a amarlo y disfrútenlo mucho! ¡Y vuelvan pronto! —les gritó don Leo desde el fondo del taller, mientras los niños salían.

—Muchas gracias, Matías. ¡Este regalo es perfecto!

—No, en realidad aún no lo es —respondió Matías—. Le hace falta algo. Le hace falta volar. Oye, ¿y si volamos en este avión, Pablo? ¡Ya sé! Podemos hacer un viaje al futuro en él. ¿No quieres saber si encontrarás el éxito? A lo mejor en el futuro está la respuesta. ¡Si averiguamos cómo lograste ser exitoso podemos volver y contarles a tus papás para que ya no se preocupen!

—¡De acuerdo! ¡Viajemos al futuro! —respondió Pablo, completamente emocionado—. Pero, yo no sé cómo volar un avión.

—Ya sé, vayamos al aeropuerto. Ahí podemos ver cómo despegan y aterrizan los aviones.

—Mira, Matías, debe ser algo como así… —dijo Pablo, colocando el avión sobre la banqueta y simulando el despegue del juguete.

—“Torre de control, pedimos permiso para despegar” —dijo Matías, imitando la voz de un adulto. Ambos rieron y levantaron el vuelo de ese avión de madera, con rumbo a continuar la aventura.

De pronto, cumplir nueve años se había vuelto mucho más interesante.

# Capítulo 4 Viaje al futuro

Pablo y Matías vivían muy cerca del aeropuerto, por eso no les tomó mucho tiempo llegar. A Pablo le gustaban mucho los aviones y, aunque hasta ese día no se había subido a uno, estaba seguro de que lo haría. Su padre lo llevaba a ver los aviones muy seguido. Y por eso sabía cual era el lugar perfecto para hacerlo: el puente peatonal, cerca de la avenida, desde donde las alas, los alerones y las colas de las aeronaves casi se podían tocar con las manos o, al menos, eso era lo que Pablo sentía. No era el lugar más seguro para un par de niños, pero desde ahí podrían ver mucho mejor que en el mirador del aeropuerto.

Después de un rato de ver aviones que iban y venían sobre la pista, y de jugar con su avión de madera, Pablo se puso serio.

—No creo que aquí vayamos a aprender nada, Mati —le gritó, ante el ruido ensordecedor de un avión que aterrizaba en ese momento—. Tendremos que aprender a viajar al futuro en otro lado.

Matías no lo escuchó mucho. Algo en la pista llamó su atención.

—¿Ya viste, Pablo? Se están juntando muchos coches alrededor de ese avión. Creo que acaba de aterrizar, ¿lo viste?

A diferencia de otros aviones, el que Matías vio no tenía muchos colores; era blanco con tres franjas que representaban a la bandera mexicana. Y sí, alrededor del avión se colocaron unos autos de los que bajaron varias personas que usaban trajes casi tan grises como sus expresiones. Se parecían a los guardias que siempre están a la entrada de la escuela, que nunca saludan ni miran a otro lado que no sea al frente.

—¿Ya viste, Mati? ¿Quién vendrá en el avión?

—No sé, pero seguro es alguien muy importante.

De pronto, se abrió una puerta en la parte trasera del avión y todos los hombres de traje fueron directamente ahí, con sus pasos perfectamente coordinados, para custodiar una especie de cajas que alguien empujaba fuera del avión por una rampa. Cuando se abrió la puerta de pasajeros en la parte delantera del avión, nadie parecía interesado en quién o quienes saldrían por ahí. Nadie se acercó a saludar a la persona que salió de ahí. Era un señor de cabello y barba blancos; su traje era gris, su portafolio y el pañuelo en la bolsa del saco lo hacían ver muy elegante. A la distancia, ese pañuelo le pareció a Pablo como de plata, pues la luz que reflejaba así lo hacía parecer de tan blanco y brillante que era.

Ese hombre bajó del avión y esperó a que los militares sacaran aquellas cajas del avión hasta que se fueron resguardándolas con su paso de soldado. Aquel señor misterioso se quedó de pie un momento cerca de la pista, solo.

—¡Matías! —dijo Pablo, apretando el brazo de Matías con todas las fuerzas de su emoción— ¿Y si ese señor es… ¡Santa Claus!?

—¡Cómo crees, Pablo! —gritó Matías, debido al ruido de un enorme avión que aterrizaba—. Ese señor no puede ser Santa. Santa viaja en renos, ¡no en aviones!

—¿Santa no usa pantalones? —contestó Pablo a gritos, mientras se recuperaba de la sordera repentina. Matías rió a carcajadas.

—¡No! Dije que Santa no viaja en aviones.

—Pero, ¿y si esas cajas son nuestros regalos de Navidad? ¡Ya es en unos

días!

—Claro que no, Pablo. A lo mejor es el presidente. Seguro que el presidente

es tan elegante como él.

Mientras los niños decidían si Santa usaba pantalones o si el presidente usaba traje, aquel señor misterioso se dirigió a la terminal. Como no pudieron ponerse de acuerdo, decidieron ir a investigar. Después de todo, si Pablo tenía razón, Santa podría enseñarles a volar mucho más rápido que un piloto aviador.

Corrieron en dirección a la terminal, pero al cruzar la puerta no pudieron detenerse y Pablo chocó con una persona. Ambos tropezaron mientras que el portafolio del desconocido cayó al suelo junto con un bolígrafo y un pedazo de papel

que parecía un billete. La mochila de Pablo también cayó al piso, aunque estaba bien cerrada y nada de lo que contenía se salió. Matías ayudó a su amigo a levantarse y cuando miraron bien, se dieron cuenta de que chocaron justamente con el hombre misterioso que habían visto a lo lejos y que habían confundido con Santa Claus. El señor levantó sus cosas y les dijo, con un tono amable: “Tengan más cuidado, niños” y siguió su camino.

Pero Pablo y Matías no lo dejarían ir sin averiguar por qué lucía como una rara mezcla de Santa Claus y agente internacional encubierto. Apenas se dio cuenta de que los niños lo seguían, el hombre misterioso giró para enfrentarlos.

—¿Puedo ayudarlos en algo, niños? —dijo con voz amable, pero firme. Ambos se quedaron mudos un momento. Esa voz era aún más misteriosa.

—Pues… —titubeó Pablo

—Yo creo que puede ayudarnos mucho, señor. —dijo Matías, con un repentino asalto de seguridad—. Lo vimos llegar en el avión.

Pablo se contagió de la seguridad de Matías y dijo:

—Estamos aquí para aprender a volar, ¿sabe? Es mi regalo de cumpleaños.

Bueno, uno de ellos. Y creemos que usted puede ayudarnos. ¿Es usted…?

—¿Un espía? —interrumpió Matías.

—O alguien más importante… digamos, ¿alguien que vive en el Polo norte?

Las palabras de aquellos niños abrumaron a aquel hombre, pero tras un segundo de asombro, soltó una carcajada tan fuerte que parecía confirmar las sospechas de Pablo. ¡Por un segundo se rió como Santa!

—No soy espía. Ni Santa Claus. Me llamo Gonzalo. Mucho gusto, niños. Y dígame. ¿Por qué quieren aprender a volar?

—Hoy es su cumpleaños —dijo Matías, señalando a Pablo—. Cumple nueve años. Es una edad importante. Y de regalo le di un cuento y un avión de madera.

—¡Sí, mire! —interrumpió Pablo, sacando el avión de su mochila—. Pero mi mejor regalo sería aprender a volar para hacer un viaje al futuro y averiguar qué tan exitosos vamos a ser Matías y yo. Así podría regresar y contarle a mis papás cómo lo logré para que dejen de preocuparse por eso.

La risa de don Gonzalo se convirtió en una sonrisa de asombro, pero algo le hizo pensar que sabía perfectamente lo que tenía que decirles a esos niños.

—¡Ah, caray! ¿Me dejas ver tu avión? —dijo don Gonzalo mientras estiraba su mano para tomar el regalo de Pablo—. ¿Así que es tu cumpleaños, eh? Tu regalo es muy bonito, toda una obra de arte. Hagamos algo, niños. Les propongo un trato: ustedes me permiten invitarlos a desayunar y yo intento responder sus preguntas, a ver si logro ahorrarles ese viaje. No sé si pueda enseñarles a volar, pero creo que puedo ahorrarles el viaje el futuro. ¿Qué dicen?

Pablo y Matías aceptaron. Don Gonzalo los llevó a la mejor cafetería que pudo conseguir aquel día: era un pequeño y viejo avión de hélices, acondicionado como cafetería, justo frente al aeropuerto. Pablo se emocionó tanto que pensó: “¿En serio vamos a despegar en esto?”.

Al entrar, lo primero que se veía era la cabina del viejo avión, llena de los instrumentos de vuelo que los niños sólo habían visto en películas. Ahora sabían que en vivo eran más emocionantes.

—Vayan a sentarse, niños. Ahora los alcanzo. –dijo don Gonzalo y se quedó un momento hablando con la mesera de la cafetería.

—¿Crees que le esté pidiendo que nos enseñen a encender este avión, Mati?

Matías sólo se encogió de hombros y le hizo una seña a Pablo para mostrarle la mesa que podían ocupar. Eran unas mesas pegadas a las ventanas del avión. Todo era como si de verdad fueran a despegar. Apenas un momento después de que se sentaron, llegó don Gonzalo a sentarse.

—¡Listo, chicos!, en un momento nos traerán el desayuno.

—¿En este avión haremos el viaje al futuro? ¡Y con desayuno incluido! —dijo Pablo, emocionado.

—Les dije que yo puedo ahorrarles el viaje y eso es lo que haré. Y puedo hacerlo porqué sé en qué ruta caminará el mundo en los próximos años: la ruta de la globalización… En lugar de esa ruta, yo les platicaré de una ruta que puede llevarlos a encontrar el éxito. Ustedes quieren encontrar qué es el éxito, ¿no?

—La *globa*… ¿qué? —preguntó Matías.

—*Globificación*, Mati —respondió Pablo, con un perfecto tono de sabelotodo, pues no quería que don Gonzalo pensara que no sabía nada.

—No, globalización.

—¡Ah, claro! globalización —respondió Pablo aún con ese tono de gran conocedor— Sí, sí… En los próximos años el mundo se va a llenar de globos.

—No, Pablo, tiene que ver con el mundo global. El mundo va a ser mucho más pequeño pronto gracias a la tecnología y…

—El mundo global… –interrumpió Pablo– O sea, ¿el mundo de los globos?

Don Gonzalo se dio cuenta que no parecían entender mucho de lo que hablaba. Decidió entonces cambiar de estrategia.

—Claro, sí son niños, ¿qué van a saber ustedes de la globalización? Veamos, déjenme plantearlo de otra manera. ¿Ustedes quieren encontrar qué es el éxito,

¿no? Yo les hablaré de rutas para encontrarlo.

—No nos quiera distraer –dijo algo molesto Pablo– Ya tenemos nueve años y podemos entender. La clave para encontrar el éxito es la *globificación* del mundo de los globos. ¡Explíquenos eso!

—¿Rutas? –preguntó Matías, más interesado que Pablo en lo que Gonzalo decía– ¿Algo así como un mapa?

—No, niños; no como un mapa, más bien, como caminos que se marcan en un mapa. Imaginen que tienen uno y que en el centro está el éxito. Yo quiero hablarles de cuatro rutas que cruzan ese mapa hasta llegar al centro.

La mesera se acercó de pronto y trajo consigo un pastel de chocolate, un par de malteadas y un café.

—¡Guau!… ¿Y podemos llevar parte de ese pastel para las rutas esas que dice usted? —preguntó Matías, porque de la boca de Pablo no salió nada sino unas terribles ganas contenidas de darle una mordida a esa delicia de chocolate.

—Claro, este pastel es todo tuyo, Pablo. ¡Feliz cumpleaños!

Don Gonzalo sonrió de pronto, mientras miraba el pastel, pensó: “¡Lo tengo!”

—¡Ya sé! —dijo muy emocionado— Miren el pastel. Imaginen que el pastel es el mapa.

—¡No! —gritó Pablo de inmediato con un tono de tragedia fingida—. Yo quiero comerme el mapa. No puedo imaginar que es el mapa. ¡Me perdería!

Los tres rieron con la sincera reacción de Pablo.

—No te preocupes —dijo don Gonzalo—. No te perderás, estoy seguro. Mira… Entonces tomó el cuchillo y partió el pastel en cuatro trozos idénticos con una

cruz perfecta que pasaba por el centro del pastel. Y continuó:

—Imaginen que cada pedazo de este pastel es una de las rutas. En el centro hallarán el éxito. El pastel no es el éxito. En el pastel no está el éxito. Ni en las rutas. Pero está ahí, al centro de todo.

Matías sintió cómo se iluminaban los ojos de Pablo, que dijo, casi como hipnotizado por tanto chocolate:

—Si me como todo, ¿en el fondo del plato estará el éxito? ¡Qué esperamos!

Don Gonzalo casi tuvo que abalanzarse sobre el pastel para que Pablo no lo abrazara todo de pronto.

—A ver, Pablo. –dijo don Gonzalo un poco serio–. El éxito está ahí, pero calma. Necesito que pongas toda tu atención ahora, ¿de acuerdo?

—Está bien –dijo Pablo con resignación.

—Bueno, pues yo soy el tesorero de la nación. Estoy encargado de pedir que se fabrique cada uno de los billetes que circulan en el país, con los que todos pagamos lo que compramos. Y eso me ha enseñado que el dinero es una gran herramienta. Mucha gente en el futuro vendrá a decirles que el dinero es la clave del éxito. Pero yo puedo decirles ahora que el dinero es sólo eso: una gran herramienta. Nada más. La vida me ha enseñado que la clave para hallar el éxito está en seguir cuatro rutas, como los pedazos de este pastel.

Y mientras Gonzalo hablaba, tomó uno de los cuatro trozos de pastel de chocolate y lo puso en un plato aparte. Les dio cucharas a los niños y les ofreció de esa primera parte del pastel para que comieran mientras continuaba la explicación.

—Como con este pastel que tienen en su plato, la vida les pondrá enfrente estas rutas y no van a poder evitar elegir. Así que es mejor saber qué les espera,

¿no creen?

La primera de esas rutas es la aceptación. Deben saber, niños, que cuando crezcan, ustedes serán la consecuencia de las decisiones que tomen hoy. Si siguen esta ruta de manera adecuada, no dependerán de nadie sino de ustedes mismos. Anden, coman un poco de esta ruta.

¡Y no les dijeron dos veces! Pablo y Matías disfrutaron por fin una cucharada de ese grandioso pastel de chocolate y mientras lo hacían, don Gonzalo ponía en otro plato otro de los cuatro trozos de pastel. Antes de que los niños pudieran dar otra cucharada, les quitó el plato anterior y puso este nuevo frente a ellos.

—Ahora, la segunda de esas rutas, es la ruta del amor.

Ambos niños se miraron y pusieron la cara de asco que siempre ponían cuando alguien les preguntaba si alguna niña de la escuela les gustaba. Era una cara de asco combinada con una risita nerviosa. Al ver esto, don Gonzalo continuó:

—No, niños, no sólo es esa clase de amor. El amor es respeto. Respeto por uno mismo y respeto por las demás personas. Escuchen bien este consejo, les servirá toda la vida: traten a los demás como les gustaría que trataran a su familia. Así estarán más cerca de encontrar el éxito. ¿Quieren probar un poco de esta ruta? Los tres comieron de ese trozo nuevo de pastel y Gonzalo repitió el proceso, pero, antes de poner el nuevo trozo de pastel frente a ellos, los dejó comer un poco

más que del anterior, luego respiró profundamente y continuó.

—La tercera ruta es la más difícil de todas, niños, pero tampoco podrán ni deberán evitarla si quieren hallar el éxito. Yo la llamo: la ruta de las lágrimas. Es la ruta de las pérdidas y los duelos, pero no sólo de la muerte. Deben saber que todo en la vida es un ciclo y que las cosas siempre deben terminar: familiares que hoy están y mañana ya no, pero también negocios que hoy pueden tener y mañana no; o aventuras que inicien hoy y que inevitablemente terminarán. Así que, a comer de esta ruta, también.

Esta vez, a Matías le tomó un momento más comer de ese trozo de pastel. Pablo no dudó en tomarlo, pero al ver a Matías, se quedó con la cuchara frente a su boca un momento, como pensando por qué Matías dudaba. Sólo hasta que Matías probó de esa parte del pastel, Pablo se decidió a comerlo.

—Bien, niños, ésta es la última de las rutas. Yo la llamo la ruta del sentido de tu vida, y para mí, es la más valiosa de todas porque si la recorren —y al hacerlo encuentran el porqué y el para qué están haciendo lo que hacen—, hallarán la ruta de la felicidad plena y con ello también el éxito.

Al decir esto, ambos niños continuaron comiendo su pastel. Esta vez, don Gonzalo no les impidió seguir y ellos pudieron comer del trozo del pastel que eligieran, hasta hartarse. Pero, era un pastel delicioso, así que, entre risas, prácticamente se terminaron todo entre los tres.

—Bien, niños, les dije que les podía ahorrar el viaje al futuro. Ahora tengo que confesarles algo: todos haremos ese viaje al futuro alguna vez. Todos. No puedo ahorrárselos. Sólo que aún no es su tiempo, pero, ¿saben cómo podrán darse cuenta si encontraron el éxito en la vida?

Pablo y Matías voltearon a mirar a don Gonzalo. Era el momento que esperaban. El pastel había estado rico y las rutas y todo, pero esperaban la clave de todo, y parecía que Gonzalo estaba a punto de decirlo.

—¿Tiene que ver con la *globaficación?*, ¿verdad? —preguntó Pablo.

—No, chicos. Ustedes se darán cuenta si hallaron el éxito en la vida si al hacer su viaje al futuro se encuentran ahí a las personas que aman y respetan. Y, ¿saben una cosa? Si ustedes me ven ahí, significará que entonces, yo también lo pude lograr.

Los tres se quedaron en silencio un momento, hasta que la mesera los interrumpió para llevarse los platos casi vacíos.

—Niños –dijo Gonzalo al notar que los minutos habían pasado muy rápido y el pastel ya se había terminado–, se hace tarde y debo regresar a mi trabajo. El tesorero de la nación tiene importantes asuntos qué atender.

Don Gonzalo pagó la cuenta y los tres salieron de aquel avión donde servían pasteles deliciosos sin elevar el vuelo. Pablo sintió cierta tristeza, como si hubiera esperado volar sin conseguirlo. Entonces miró su avión de madera y se prometió que algún día haría ese viaje.

De vuelta a la calle, don Gonzalo les dijo:

—Antes de despedirme, quiero darles un regalo más.

Don Gonzalo sacó de su cartera dos billetes de 50 pesos. ¡Hasta José María Morelos se veía joven en esos billetes, de tan nuevos que eran!

—Tengan, niños. Esto es para ambos. Si se acercan —les dijo, mientras acercaba el billete a sus ojos—, podrán notar que ahí está mi firma.

Ambos se pusieron de puntas para acercar su cabeza al billete que les enseñaba y mirar mejor el garabato que les señalaba con el dedo

—Es más –dijo don Gonzalo mientras sacaba de su saco una pluma–, se los voy a firmar, para que lo recuerden siempre. Deben cuidar mucho este regalo, niños. Estoy seguro de que esto los ayudará en su aventura de hallar qué es el éxito, aunque deben tener presente siempre que es sólo una herramienta más. Me dio mucho gusto hablar con ustedes. Y, de nuevo, pasa el mejor de los días, Pablo.

¡Felicidades!

Don Gonzalo se despidió de los niños y caminó de vuelta al estacionamiento del aeropuerto. Mientras lo observaba, Pablo se preguntaba qué habían tenido que ver los globos con todo lo que les contó. Qué era aquello de la globalización y cómo se relacionaba con el viaje al futuro que harían algún día. De pronto, se imaginó un mundo lleno de personas que paseaban con sus enormes sonrisas, casi tan grandes como los globos que presumían por los aires. Matías, mientras tanto, no dejaba de mirar el billete que le había dado Gonzalo.

De pronto, ambos gritaron al mismo tiempo “¡Ya sé!”, con la emoción de haber descubierto el siguiente paso. Pablo se adelantó.

—Lo tengo, Mati, debemos buscar dónde comprar globos. Es la siguiente pista. Si el mundo va a estar lleno de *globización*…

—*Globalización* —corrigió Matías.

—Eso, pues… si el mundo va a estar lleno de globos, ¡entonces los que venden globos van a ser las personas más exitosas de mundo! ¡Y seguro ni lo saben! Vamos al parque aquí a la vuelta y…

—No creo que don Gonzalo se refiera a eso, Pablo —interrumpió Matías, algo decepcionado; después de todo no había pensado lo mismo que Pablo—. Además,

¿con qué dinero vamos a comprar los globos?

—Pues yo tengo parte de mi domingo –dijo Pablo–. Además, tenemos estos billetes que acaban de darnos. Si no, ¿para qué más nos habría dado don Gonzalo este dinero? De seguro él ya sabía.

Matías no lucía convencido. Pablo tomó los billetes y los guardó en su mochila.

No terminó de cerrarla, cuando ya le estaba gritando a Matías:

—¡A ver quién llega primero!

Cuando Pablo dijo eso último ya estaba en plena carrera. Matías no podía quedarse atrás y corrió también, aunque mientras avanzaba no dejaba de pensar. No creía que fuera la mejor manera de continuar la aventura. Pero tampoco quería perder la carrera.

# CAPÍTULO 5 Doña Fina

El parque no estaba nada lejos. Eran apenas dos cuadras desde donde desayunaron con don Gonzalo, pero ambos llegaron con los pulmones al filo de la boca. Ya era medio día y el sol —aunque era invierno— los cansó igual que si fuera plena primavera.

Algunas personas se distinguían entre los pocos árboles de aquel pequeño parque a mitad de la colonia. Uno que otro señor estaba por ahí, recostado en las bancas descansando, o quizá en espera de que apareciera en el periódico algún trabajo que le permitiera llevar dinero a su casa. En sus anteriores visitas al parque, y hasta ese día, Pablo nunca se había preocupado por pensar qué hacía toda esa gente ahí. De pronto sintió que algunas cosas habían cambiado desde que despertó esa mañana.

Pablo recordó de pronto a qué había ido, pero del señor que vende los globos no había pista alguna. Los dos amigos comenzaron a recorrer el parque. Matías no recuperaba del todo el aliento y buscaba una banca para sentarse, cuando Pablo interrumpió su búsqueda para animarlo a seguir.

—Matías, no se vale descansar. ¡Anda!

Pero Matías ni lo volteó a ver. Por su parte, Pablo volteaba de un lado a otro para buscar al señor de los globos, Matías se adentró por uno de los pasillos del parque y casi al mismo tiempo que vio una banca vacía dónde sentarse notó a una persona que se acercaba, vestida completamente de blanco, empujando a una señora en una silla de ruedas. Matías de pronto reaccionó…

—Tome asiento, por favor —le dijo a la señora de blanco, e hizo una como reverencia con los brazos, que seguramente había visto a algún adulto hacer alguna vez, para señalarle a ambas personas el lugar que estaba disponible, pero la señora vestida de blanco sólo le respondió:

—Es usted muy amable, joven, pero no puedo sentarme ahora. Estoy trabajando.

—¿En qué trabajan ustedes?

—No, sólo yo. Soy enfermera. Mi trabajo es cuidar de esta linda señora, por eso la acompaño al parque un rato. A las personas mayores les gusta tomar el sol.

—¿Pero no tiene calor? —le preguntó Matías a la señora que estaba en la silla de ruedas. Ella ni siquiera lo miró.

Matías se sintió incómodo. Pensó que había sido grosero o algo y quiso disculparse, pero Pablo lo interrumpió.

—¿Ya Mati? ¡Vamos! ¿Qué haces?

—La señora lleva diez años en coma —le dijo la enfermera a Matías—. No te sientas mal, pequeño. A ella le gusta venir aquí a… convivir. Eso la hace feliz.

Pablo alcanzó a escuchar. Le dio algo de curiosidad lo que decía la enfermera.

—¿Lleva diez años comiendo? ¡Pues no se le nota! ¡Está muy delgada para haber comido tantos años!

—¡Qué ocurrencias, niños! –respondió la enfermera con una ligera sonrisa–. Quiero decir que la señora está enferma. Dicen los doctores que su cabeza ya no funciona como la de nosotros. Es como si no supiera hablar, ni comer, ni nada. Eso dicen los doctores que es estar en coma. Yo sólo la traigo aquí a tomar el sol. Sé que eso le gusta.

—¿Entonces no nos ve ni nos escucha? —Preguntó Pablo. La enfermera de pronto pareció recordar algo.

—Voy a dejarla un momento con ustedes, niños, ¿está bien? Tengo algo que hacer. Estoy seguro de que la cuidarán bien. Y ¿quién sabe? —la enfermera hizo una pausa, se acercó y les dijo como en secreto—, a lo mejor les ayuda a encontrar lo que buscan.

—¡Claro! –respondió de inmediato Matías, aunque Pablo no se notaba tan convencido y se subió a la banca para buscar desde lo alto al señor de los globos.

La enfermera se alejó. De pronto se hizo el silencio. Por un momento sólo se escuchaban los pájaros y algunos resoplidos de Pablo, quejándose por tener que esperar ahí.

Matías se acercó a la señora. Quería saludarla. Le causaba pena pensar que no podía hacer nada sino estar ahí sentada. Entonces, la tomó de la mano para presentarse cuando de pronto escuchó en su mente:

—¡Hola! Mucho gusto.

De inmediato, Matías soltó la mano de la señora.

—¿Escuchaste eso, Pablo?

—¿Escuchar qué? ¿Al de los globos? ¿Dónde?

—No, Pablo. Mira, acércate.

Apenas se acercó, Matías tomó la mano de Pablo y la puso en la mano de la señora en la silla de ruedas. Y al instante, también escuchó:

—Hola, Pablo y Matías. ¿Cómo están, niños? Yo soy Josefina, pero las personas que me quieren me llaman Fina. Pueden llamarme Doña Fina, hijos.

Sin soltar a Doña Fina, ambos se miraron. Estaban tan asombrados como asustados.

—Pero… la enfermera nos dijo que estaba enferma —se apresuró a decir Matías, nervioso.

—No se asusten, niños. Como dijo la señorita, estoy enferma desde hace muchos años y nadie más puede escucharme porque no puedo hablar, pero ustedes sí pueden, niños, porque tienen el corazón puro. Pero díganme: ¿qué hacen en el parque solos?

—Buscamos globos —contestó rápidamente Pablo.

—Es que hoy es cumpleaños de Pablo, y desde la mañana empezamos una aventura porque queremos saber qué es el éxito, porque los papás de Pablo están preocupados por encontrar el éxito y nosotros queremos saber cómo ayudarles. Hace un rato un señor nos dijo que el éxito tenía que ver con cambiar la manera de

pensar y con ahorrar, y con algo llamado globalización. Por eso, Pablo busca al señor que vende los globos. Aunque yo no estoy seguro…

—¿Tú crees que comprando globos hallarás el éxito? –le preguntó la señora a Pablo.

—Pues es que no se me ocurre dónde más buscar. Se hace tarde y ¡yo quiero ayudar a mis papás!

—Calma, hijo. Yo no sé qué es eso de los globos, pero si me lo permiten, puedo hablarles un poco de lo que para mí es el éxito. ¿Puedo?

Matías no soltaba la mano de doña Fina desde el principio, pero Pablo no estaba del todo convencido de lo que lograrían. Pensaba en que no habían terminado ninguna de las cosas que se habían propuesto hasta ese momento: no viajaron al futuro, ni habían encontrado los globos que llenarían al mundo de la *globalificación,* ésa de la que habló don Gonzalo, pero entonces recordó a su propia abuela. Siempre que se sentía triste y hablaba con ella, Pablo sentía como si una taza del mejor chocolate tibio envolviera de pronto su corazón. Algo le dijo que debía quedarse y escuchar lo que doña Fina tenía que decir.

—Está bien –dijo resignado–, pero no tenemos mucho tiempo, ¿eh? Ya casi es hora de comer y no siento que hayamos tenido mucho éxito hasta ahora, Mati.

—¡No sabes el gusto que me da darme cuenta de que el tiempo es importante para ti, Pablo! Mi esposo y yo entendimos hace mucho que había una regla básica para comenzar a tener éxito: valorar el tiempo, su tiempo. El día tiene 24 horas: ocho eran para descansar; ocho, para trabajar en algo que nos hacía felices y las ocho restantes las dedicábamos a la familia.

—¿Su esposo? ¿Dónde está él? –preguntó Matías.

—Mi esposo hizo su viaje al futuro una mañana de sol como ésta, Matías, hace tres años. Pasó a mi lado siete de los diez años que yo llevo en coma. Sé que él me espera y que pronto yo misma haré mi propio viaje al futuro y estaremos juntos de nuevo.

—¿Un viaje al futuro? –preguntó asombrado Pablo– ¿Usted conoce a don Gonzalo? ¡Porque él acaba de hablarnos de ese viaje y por eso venimos a comprar los globos! ¡A lo mejor si la llevamos con él, puede ahorrarle también ese viaje!

—No tengo el gusto de conocer a don Gonzalo, pero si es inteligente, seguramente les habrá dicho que ese viaje nadie se los puede ahorrar. Yo quiero hacer el viaje ahora. En especial porque sé que mientras mi esposo y yo estuvimos juntos aquí, ¡sí que supimos sacarle jugo al tiempo! Él fue una persona muy exitosa. Creo que gran parte de ese éxito se debe a que supo organizar su tiempo.

—¿En serio? –dijo Pablo, muy interesado, como si pensara que había tenido razón en quedarse a escuchar–. Cuéntenos cómo le hizo ¿Cuál fue el secreto de su esposo? ¿Dónde encontró el éxito?

—No hay secreto, hijo. Él era una persona muy trabajadora. Sí, al final de su vida fue una persona de esas que los otros consideran “exitosa”, pero tuvo que trabajar mucho para lograrlo porque no teníamos dinero al principio; incluso, no terminamos de estudiar.

—¡Oiga, no! —gritó Pablo, indignado— A mí me dicen mis papás que, si quiero alguien en la vida, no puedo faltar ni un día a la escuela, ¡ni aunque tenga gripa!

¿Cómo le hizo su esposo?

Mi esposo no terminó la primaria porque tuvo que trabajar en un mercado cuando era apenas mayor que ustedes. Yo me casé con él por su tenacidad para salir adelante a pesar de todo. Ya con familia, él veía cómo, pero nos daba lo necesario y más; incluso llegó a dormir en los puestos de la Central de Abasto, entre ratas, con tal de lograr fabricar la realidad que él se imaginaba para nosotros. Luego comenzó a vender aquellos productos que cargaba. Más tarde, ahorró y se hizo de un camión con el que pudo vender más y más, hasta que logró colocar su producto en el extranjero.

—Ya no entendí —interrumpió Pablo—. ¿Su esposo vendía cosas en camiones o fabricaba realidades? Nunca he visto a nadie que venda realidades, ¿tú sí, Mati?

—No, Pablo –interrumpió doña Fina–. Las realidades no se venden, pero sí se fabrican.

—¿Y su esposo fue exitoso porque fabricó realidades? —preguntó Matías.

—No sé si inventó muchas, pero al menos inventó una para él y para las personas que amó. Eso es algo que deben aprender a hacer si es que quieren saber

cómo ser exitosos, niños. No fabriquen fantasías cuando lo que quieren fabricar en su vida son realidades. Miren, por ejemplo, imaginen que esos globos que vinieron a buscar son ilusiones. ¿Qué pensarían si les dijera que parte de ser exitoso es volverse especialista en soltar y romper esos globos?

—Pero –replicó Pablo– alguien nos acaba de decir que pronto el mundo va a estar lleno de globos y que debíamos comprar muchos. ¡Yo ya no entiendo nada!

¿Usted me dice ahora que debo romperlos? ¿Tenemos que reventar todos los globos, todas las ilusiones, y soltar las cosas que quizá no vamos a lograr?

—No necesariamente –dijo doña Fina–. Sólo deben aprender a saber reventar cada globo en cada momento.

—Espera, Pablo –dijo Matías, colocando su mano en la barbilla como los grandes investigadores privados de las novelas que le encantaba leer—. Ahora que lo pienso, yo no recuerdo que don Gonzalo nos haya dicho exactamente que el mundo iba a estar lleno de globos.

—Yo no sé nada de un mundo con globos –continuó doña Fina– Sólo sé que el miedo, la decepción, la traición, el enojo… todas esas cosas son ilusiones falsas.

¡Ah, y también el exceso de optimismo! Se vale ser negativo a veces.

—¿Negativo? –preguntó Pablo–. Mamá me regaña cuando le digo que no puedo hacer algo y me dice: “¡No seas negativo!”.

—Sí. Y tu mamá tiene razón, Pablo, pero debes saber que a veces ser negativo puede salvarte la vida. Aprender de los errores es la mejor manera de conocerse.

—Pues mi mamá piensa todo lo contrario. Si me equivoco, ¡se pone de un humor! —Es que ella, como todas las madres, quiere una realidad perfecta para ti, Pablo. Pero nadie es perfecto, niños. No existe esa fantasía que les quiere vender el mundo de que todo es paz, alegría y éxito. Es una ilusión; un globo más. No, la vida no es perfecta, pero sí es maravillosa. Sí, creo que el mejor consejo que puedo darles es que tienen que ser realistas y amar lo que hacen.

—¿Amar lo que hacemos? –preguntó Matías– Pero, ¿no son las personas las que se aman? Como en las películas románticas… No recuerdo una película romántica donde un señor ame las cosas que hace.

—No esa clase de amor, Matías. –dijo doña Fina conteniendo la risa–. Quiero decir, que estén contentos con lo que hacen y con ser muy buenos en lo que decidan hacer en la vida. Eso es amar lo que hacen.

—Yo estoy contento teniendo esta aventura. Aunque creo que no soy bueno para eso, pero estoy contento. Entonces… amo hacer aventuras. De grande, ¿seré aventurero?

—No es tan simple, Pablo. Mira, si quieres que tu aventura tenga éxito y encontrar lo que deseas saber para que tus papás estén tranquilos, deberás hallar aquello para lo que eres bueno: tu verdadero talento.

—Eso es lo que quiero. Si no tengo éxito, mis papás seguirán preocupados.

—Pero ¿qué crees que les preocupa en realidad a tus papás, Pablo?

—Papá dijo que no sabía cómo encontrar el éxito. Sólo escuché eso.

—¿Y crees que el éxito para tu papá significa lo mismo que para ti? Tienes que aprender a encontrar tu propio éxito. Por ejemplo, el señor que vende los globos esos que tanto buscan, ¿creen que sea exitoso?

—¡No creo! –contesta Pablo entre risas– ¡Sólo vende globos! Yo no pienso que eso sea…

—No, Pablo, –respondió Doña Fina, algo molesta–. Nunca le digas a alguien que no es exitoso sólo porque no piensa como tú. El éxito consiste en dos líneas: tu éxito convencional, ése que implica que seas y te sientas el mejor; casi como un héroe y que tengas todo lo que quieres. Ése es del éxito del que te hablará todo mundo, pero yo quiero hablarte de otro tipo de éxito; uno que he conocido a lo largo de toda mi vida: el éxito existencial, y para alcanzarlo, basta que respondas una simple pregunta: “¿Quién soy yo?”

—Pues nos dijo que se llamaba doña Fina –interrumpió Pablo, provocando las risas de Matías.

Doña Fina entonces levantó sus ojos y los miró. No se había movido ni un poco antes y de pronto miró fijamente a Pablo y así, sin mover los labios, pero mirándolo, le dijo:

—No, Pablo. ¿Quién eres tú?

Pablo y Matías se quedaron en silencio un momento. Después, doña Fina continuó:

—Nunca dejen que su éxito convencional esté por encima de su éxito espiritual, niños. Ése es el camino directo al fracaso. Ante todo, deben cuidar su espíritu; deben cuidar lo que son.

Cuando doña Fina estaba por terminar sus consejos, vieron a la enfermera que caminaba de regreso hacia ellos. Antes de volver a su silencio, ella alcanzó a decirles, con una voz tan tierna, como si de pronto todas las abuelas del mundo quisieran darle ese último consejo a Pablo y Matías:

—Ahora que los veo, niños, después de todos estos años de estar ajena al mundo, me doy cuenta de que ha cambiado totalmente y conversar todo este tiempo sólo conmigo, me ha permitido ver el mundo desde una perspectiva distinta, más espiritual. Ahora sé algo que no sabía cuando tenía su edad o la edad que seguramente tienen sus papás. Ahora sé que el mundo quiere venderles dos ideas: la de “ser el mejor” y la de “ser feliz”. Sólo recuerden, niños. No está mal si su aventura no tiene éxito el día de hoy. Valoren su tiempo y hallarán lo que el éxito es para cada uno de ustedes… Ahora es mi tiempo. Pronto voy a hacer mi propio viaje al futuro y estoy segura de que ahí veré a mi esposo. ¿Saben por qué? Porque todos hacemos un viaje al futuro alguna vez, pero si al hacerlo te encuentras con las personas que amas, entonces querrá decir que has encontrado el éxito. ¡Recuerden eso siempre! ¡Me gustó mucho conocerlos, niños! ¡Ahora debo irme!

Casi al mismo tiempo que se despedía doña Fina, la enfermera llegó con un par de paletas de dulce, a manera de agradecimiento. Al verla, doña Fina tenía una sonrisa disimulada en su rostro.

Entonces, de pronto, un sonido peculiar interrumpió el silencio. Era el silbido del globero a lo lejos. Matías y Pablo sonrieron —y doña Fina también—. La enfermera estaba asombrada.

—¿Qué hicieron mientras me fui, niños? —preguntó la enfermera.

—¡Nada! Sólo platicamos con ella —dijo Pablo, y al instante echó a correr en dirección al señor de los globos— ¡Tenemos que irnos! ¡Muchas gracias por todo!

¡Gracias, doña Fina!

No voltearon de nuevo, pero si lo hubieran hecho, se habrían dado cuenta de que la enfermera sonreía con doña Fina. Ambas estaban felices por el viaje al futuro que se avecinaba.

A lo lejos, Pablo y Matías corrían en dirección al señor que vendía los globos. Sólo que esta vez, su carrera era distinta. Ahora era Pablo quien avanzaba más despacio. Matías, en cambio ya no tenía dudas. Al menos en una cosa estaban de acuerdo: la aventura debía continuar, a como diera lugar… Por eso ninguno de los dos se detendría hasta comprar los globos que tanto buscaron.

# CAPÍTULO 6 El éxito está en dar

El sonido que cruzaba de pronto la calle, inundó todo el parque. En cada uno de sus rincones se escuchaba el silbido agudo con el que el globero anunciaba su presencia, seguido de algunos gritos o risas de los niños que corrían a buscarlo para elegir su globo favorito. Ese día había pocos niños en el parque: sólo Pablo y Matías corrieron a encontrarlo. En la carrera, a Pablo le pareció verlo flotar mágicamente, apenas levantado del suelo por sus globos. Las palabras de doña Fina no dejaban de sonar una y otra vez en su mente, mientras el señor de los globos avanzaba ligero por sobre el suelo, soportado por un cúmulo de ilusiones. Casi sin darse cuenta, Pablo bajó la velocidad mientras esta reflexión lo invadía. Por fin, Pablo y Matías llegaron a la otra esquina del parque, listos para comprar sus globos.

—Me da, por favor, todos los globos sencillos que tenga, señor –dijo atento y calmado Matías. Pablo intentó interrumpirlo, pero apenas estaba recuperando el aliento tras la carrera.

—No Mati, espera… Algo me dice que no debemos comprar todos.

—¿Por qué no, Pablo? ¿No escuchaste? No son más que ilusiones.

–respondió Matías con cierta ironía–. ¡Vamos a comprarlos todos! Dame tu billete.

¿Cuánto cuestan todos los globos, señor?

El señor de los globos no parecía entender mucho de lo que hablaban los niños y empezaba a desesperarse un poco. Creía que los pequeños querían bromear con él, pues ya antes otros niños habían buscado burlarse de él: le poncharon los globos con cerbatanas y le hicieron cosquillas a ver si soltaba su mercancía, pero esto de comprarle todos los globos era nuevo. Quizá por eso no les contestó nada.

—No, Matías, creo que debemos guardar esos billetes. A mí todavía no me queda claro qué es el éxito ni cómo explicárselo a mis papás. Y siento que, si me gasto todo el dinero en estos globos, nunca lo sabré.

—Pero, si todo es ilusión, ¿no? Puedes decirle eso a tus papás. El éxito es una ilusión y cuando te preocupas de más por él, lo único que tienes que hacer es salir a comprar un globo y reventarlo, como a todas las ilusiones.

—No, Mati… No creo que sea eso a lo que se referían doña Fina, don Gonzalo o don Leo. Suena demasiado fácil…

—¡Ya sé! ¡Hagamos una prueba! —dijo Matías, emocionado-- ¿Cuánto dinero tenemos sin contar los billetes que nos dieron?

Ambos se llevaron las manos a los bolsillos y sacaron las monedas que traían. Las juntaron en la mano de Pablo, se miraron un momento, como si de pronto estuvieran de nuevo de acuerdo. Se las mostraron al señor de los globos, quien para ese momento ya estaba muy interesado en la plática de los niños.

—¿Para cuántos globos nos alcanza, señor? –preguntó Matías. El señor miró las monedas.

—Les alcanza para cuatros globos, de estos sencillos —dijo el señor de los globos, algo intrigado–. ¿Los quieren para mandarle su carta a los reyes magos?

¿verdad?

No, los queremos para… —le respondió Pablo, sin poder terminar la oración—. ¿Para qué los queremos, Mati?

—Los queremos para construir realidades, señor –respondió Matías, casi como leyendo un guión—. No podemos vivir de ilusiones, ¿no ve? Sus globos no son más que ilusiones y las vamos a romper. Ande, tome –insistió Matías extendiendo la mano con las monedas hacia el señor globero, al tiempo que estiraba la otra hacia los hilos que sostenían los globos.

El señor de los globos estaba acostumbrado a las maldades de los niños, pero que le pagaran por reventar sus globos le parecía una novedad. Aún desconcertado, soltó los globos que Matías jalaba. El pago era justo. Ahora debía dejar ir los globos que le habían comprado.

Pablo y Matías corrieron nuevamente hacia donde habían hablado con doña Fina. Querían mostrarle que habían entendido bien su mensaje, pero ella ya no estaba. Miraron de un lado al otro del parque, caminaron hacia la esquina donde estaba una papelería, pero nada. Se había ido.

Sintieron algo de tristeza, pero estaban decididos. Se miraron un momento. Matías le dio uno de los globos a Pablo y se quedó con los otros tres. Tras un momento, casi sin pensarlo, Matías fue el primero en dejar ir uno de los globos, seguido de un grito de asombro con todos sus pulmones y una carcajada: “¡Adiós! Y no vuelvan”. Pablo lo pensó un poco más. Era su cumpleaños. Le costó trabajo dejar ir algo que le gustaba y, sobre todo, algo por lo que había pagado todo su domingo. Al final, al mirar la alegría de Matías, Pablo abrió simplemente su mano. El globo se elevó con un ritmo, como si el viento lo hiciera danzar.

—¡Adiós, ilusiones! —gritó, eufórico, Matías— ¡Nosotros no necesitamos *globalificar* el mundo! ¿Qué dices, Pablo? ¿Amarramos el avión de madera a los globos que faltan? A lo mejor se eleva. ¿O mejor los reventamos? Ya sé, Tiro al blanco. Busca unas piedras, ¡vamos…!

Pablo no dijo nada. Sintió como si un trozo de palomita de maíz se le atorara de pronto en la garganta. Nunca le había pasado, pero imaginó que se sentiría así de feo. Entonces (como si todavía necesitara algo más para aumentar su extraña sensación), de pronto percibió a alguien detrás de él. Antes de que pudiera voltear, una mano se puso en su hombro.

—Hola, ¿qué hacen? ¿no falta mucho para el día de reyes? ¿Y si se pierden sus cartas?

Era un niño como Pablo y Matías, pero más alto. Eso lo hacía lucir mayor que

ellos.

—No estamos mandando las cartas a los reyes magos–dijo Pablo, con cierto

fastidio por la idea de que pensaran que todo ese asunto era por los reyes magos–. Estamos…

—Estábamos en una aventura –interrumpió Matías con recelo, no quería que Pablo mencionara nada de lo que ahora sabían–, pero creo que ya encontramos lo que queríamos. Gracias.

—Eh… sí… Gracias –completó Pablo, quien acercándose a Matías murmuró–

¿Ya lo encontramos?

—¡Una aventura! ¡Qué bien! –respondió el niño, entusiasmado.

—¿Y tú quién eres? –preguntó Pablo.

—Sí, ¿cómo te llamas? –complementó Matías.

Oh, sí, qué mal educado soy –dijo el niño. Luego carraspeó para limpiarse la garganta, se acomodó el suéter y le extendió la mano a Pablo para saludarlo antes de continuar con todo el protocolo–. Perdonen. Mi nombre es Bruno. Mucho gusto. Y díganme, ¿de qué trataba su aventura con los globos?

Pablo y Matías se miraron. No sabían de dónde había salido un niño tan extraño como él. Sin embargo, Bruno no notó la desconfianza. Lucía muy alegre hasta en su aspecto. Era alto, delgado, de ojos claros y el tono de su piel sólo era comparable con lo blanco de su suéter. Pablo y Matías no recordaban haber visto a otro niño así de pulcro y educado.

—¿Tú qué haces? –preguntaron ambos al mismo tiempo para evitar la pregunta de Bruno.

—Vine a la papelería. Tengo un importante pedido que debo recoger –dijo, orgulloso, Bruno.

—¿Pedido de qué?

—De tarjetas de Navidad. ¡Un socio de mi papá me acaba de hacer un gran pedido!

—¿Ya trabajas? ¿Cuántos años tienes? ¿Qué tu papá no tiene trabajo?

–preguntó Matías.

—Tengo 11 y no trabajo, vendo tarjetas –dijo orgulloso Bruno–. ¡Y claro que mi papa tiene trabajo! ¡Y es muy exitoso! Junto a mi casa tiene su oficina y ahí recibe a personas muy importantes, como el señor que me pidió las 50 tarjetas de Navidad que voy a comprar.

—¿50 tarjetas? ¡Guau! –dijo asombrado Matías. Luego volteó con Pablo y le preguntó murmurando– ¿50 son muchas?

Pablo no escuchó a Matías. Algo de lo que dijo Bruno captó toda su atención.

—¿Tu papá es muy exitoso? —dijo Pablo–. Es que… de eso trataba la aventura. Buscamos qué es el éxito, porque mis padres no saben cómo alcanzarlo y eso les preocupa. Hoy es mi cumpleaños y quería ayudarlos para que ese tema dejara de preocuparles.

—¡Qué aventura tan rara! Pues, sí, mi papá es muy exitoso –dijo con orgullo Bruno–. Ya les dije que en su oficina recibe a personas muy importantes. De hecho, hasta hace unos días pensé que eran personas muy poco alegres, pero ahora sé que sólo son personas exitosas y las personas exitosas siempre tienen cosas importantes qué hacer.

—¿Por qué pensabas que eran poco alegres?

—Es que, hace un par de semanas, no fueron muy amables. Hace unos días vi unos regalos para mis papás, pero lo que me dan de domingos no me alcanzaba para comprarlos. Entonces se me ocurrió comprar algo que pudiera vender más caro y con eso ahorrar para comprar los regalos. Primero pensé en hacer limonadas…

—¿Con este frio? —interrumpió Pablo.

—Sí… Nadie quiso. No vendí nada. Mi papá terminó comprándome todos los vasos. Se siente feo no vender nada…

—Y entonces, ¿por qué ahora vendes tarjetas de Navidad?

—Ah, pues con el dinero que reuní de las limonadas, vine a la papelería a ver qué compraba y vi las tarjetas. Todo mundo da tarjetas de Navidad. Mis papás siempre le mandan una a las maestras de mi escuela. Mi mamá recibe de esas tarjetas porque se las mandan sus amigas; el árbol de Navidad está lleno de ellas. Pensé en comprar algunas y ofrecerlas en la escuela o con los clientes de mi papá. Escogí cinco distintas.

—Y… déjame adivinar –dijo Matías, desconfiado–. Fue todo un éxito, ¿no, Bruno?

—No, en realidad no —respondió Bruno, con cierta resignación—.

—¿Por eso dices que esas personas exitosas que visitan a tu papá no siempre son amables? —preguntó Pablo.

—Pues sí. Es que nadie me hizo caso. Fue como con las limonadas. ¡O peor! Uno de ellos me hizo sentir muy triste. Llegué a intentar venderle mientras hablaba con mi papá. Ambos estaban muy serios y cuando me acerqué ni me dejó terminar de explicarle, sólo vio las tarjetas un momento y me dijo “Ahora no, niño, ¿no ves que estamos trabajando en cosas importantes?” Y lo que me dio más tristeza fue que mi papá no le dijo nada. Estaba de acuerdo con ese señor. Pasé unos días muy tristes, pero ya tenía las tarjetas. Por lo menos ya tenía el objetivo de recuperar lo que había gastado. Ayer, ese mismo señor fue a preguntar por mí a la oficina de mi papá. Se portó muy amable; además vio con calma cada una de las cinco tarjetas que había comprado ¡y me pidió 10 de cada una! Por eso les digo que las personas exitosas siempre tienen muchas cosas qué hacer, no tienen tiempo de ser amables, hasta que un buen día lo tienen y te piden muchas tarjetas.

—Eso no suena muy bien –le dijo Pablo a Matías con cierta tristeza–. Ya no sé si quiero seguir con la aventura. A mí me gusta que mis papás sean amables. Si van a dejar de ser amables por ser exitosos, ya no quiero seguir buscando.

—Creo que nunca me había preguntado qué significa ser exitoso —dijo Bruno–. Lo que sí sé es que se siente muy bien cuando logras lo que pensaste, a pesar de todo. ¿Se imaginan si hubiera tirado todas las tarjetas cuando nadie se interesó y ese señor no fue amable? ¡Ayer no habría tenido qué mostrarle!

—¿Y si el éxito está en no rendirse, Pablo? Yo aún no estoy seguro de saber qué decirle a tus papás. ¿Tú sí? Yo digo que hagamos como Bruno y sigamos. Estoy seguro de que la respuesta aún nos espera.

—¡Sí! Yo estaba muy desanimado ayer —dijo Bruno—. Pensaba que no tendría para los regalos y la meta se apareció donde menos lo esperaba. Ese señor que no fue amable al principio, al final me pidió todas esas tarjetas. Y estoy seguro de que apenas es el comienzo.

—No lo sé, Mati. Se va haciendo tarde. Tengo hambre y sed, y siento que no estamos ni cerca.

—Si quieren puedo llevarlos con mi papá y ustedes mismos le preguntan. Él siempre es muy amable.

—No, gracias –dijo Pablo–. Yo creo que vamos a regresar a casa, ¿verdad Mati?

—No se desanimen, amigos –dijo Bruno, ya con cierta prisa–. Ahora que lo pienso, creo que ser amable es parte de ser exitoso. Al menos mi papá siempre lo es. Y se ve feliz.

—Es que nos han dicho muchas cosas —respondió Pablo, molesto y triste—. Que si ser exitoso es hacer lo que se quiere; luego, que no, que ser exitoso es pensar distinto; luego que no, que ser exitoso es trabajar… Ahora me siento más confundido que en la mañana.

—Pues algo me dice que deben seguir. Ahora hasta yo tengo la duda. Me gustaría acompañarlos, pero debo ir a comprar las tarjetas y mi mamá no debe tardar. ¿Les doy mi dirección y me visitan para avisarme cómo terminó su aventura?

Bruno escribió rápidamente en una hoja sus datos y se los dio a Pablo. Les tendió la mano, una vez más, y se despidió para ir a la papelería.

—¿Podemos buscar, al menos, dónde beber un poco de agua, Mati? Tanta carrera me dio mucha sed.

—Entonces, ¿seguiremos, Pablo?

—Sí, sigamos. Pero déjame tomar agua, ¡no seas malo! Creo que tendremos que pagar con los billetes que nos dio don Gonzalo. Nos gastamos todo en los globos.

—¡Ya sé! –dijo de pronto Matías, con la idea en la punta de la lengua–

¡Hagamos como Bruno! Vamos a buscar quién nos compra los globos y con eso pagamos algo de tomar, ¿sale?

Mientras observaban a un lado y a otro de la calle, en espera de posibles compradores de globos, Pablo y Matías se preguntaban cuál sería el siguiente paso en su aventura.

# CAPÍTULO 7 El despertar

Pasaron varios minutos y nadie se interesó por los globos. Ni siquiera les pusieron atención. Era como si todo mundo estuviera de pronto ensimismado en sus preocupaciones. Matías empezó a pensar que quizá no había sido tan buena idea, y cada minuto que pasaba, Pablo ponía una cara de pocos amigos, peor cada vez, tan roja como uno de los globos que aún les quedaban.

—Mati, de veras, tengo sed. Busquemos un lugar por aquí donde nos den un vaso de agua. A lo mejor ni nos cobran.

—Bueno, pero promete que no gastaremos los billetes, ¿ok? Pase lo que pase. ¿Qué tal si los billetes son la clave de lo que buscamos y no los globos?

Pablo asintió y comenzaron a caminar, cada vez más lejos del parque. A las pocas cuadras, hallaron una fonda que lucía prometedora. Matías dudó un momento en entrar, y Pablo, ni tardo ni perezoso, fue adentro con todo y globos. Tras cruzar la puerta, fue directamente con la señorita de la caja a preguntarle:

—Disculpe, ¿tiene un vaso de agua que me regale?

—¡Vaya! —respondió malhumorada la señorita, casi gritando— ¡Parece que hoy es el día de la caridad!

Pablo no entendió la ironía, pero sí la mala cara de la muchacha. Pensó que no le iban a dar nada cuando escuchó que la misma señorita le gritaba a alguien dentro de la fonda. “¡A ver, Lupe, un vaso de agua para este niño!”. Definitivamente no parecía la persona más amable y Pablo se sintió apenado.

—Puedo pagarle. Tengo estos globos que compré. Puede quedárselos si quiere.

La señorita de la caja lo miró y soltó una carcajada.

—¡Mira, Lupe, que si quieres unos globos a cambio de este vaso de agua!

–dijo–. Mira tú, al menos a este niño se le ocurre algo más qué decir que “No tengo para pagar el café”.

Mientras la cajera decía eso, una señora le trajo un vaso de agua a Pablo. Ella era una señora mayor; usaba un delantal.

—Ten, niño, bebe —le dijo mientras le guiñaba el ojo y continuó—. No te apures, nadie le negaría un vaso de agua a un sediento; ni ella. Lo que pasa es que ha sido un día difícil. ¿Ves a ese joven al fondo? Lleva ya un rato pensando cómo pagarnos, porque nos dijo que no trae para pagar.

Pablo miró a donde señalaba la señora. De espaldas, sentado, había un joven, cabizbajo. Pablo terminó de beber su agua. Ya sin sed, su mente pareció aclararse y salió a buscar a Matías.

—Matías, ¿crees que podamos regalarle a alguien los globos? De todas maneras, nadie los quiere y ya me dieron agua gratis.

—¿Regalarlos? Pero ¿a quién?

Pablo no respondió. Sólo llevó a Matías dentro de la fonda, desde donde pudiera ver al joven en la mesa del fondo.

—Dice la señora que me dio el agua que ese joven de allá no tiene para pagar. A lo mejor puede vender los globos y con eso pagar su cuenta. O podríamos prestarle para pagar. Tenemos los billetes, ¿recuerdas?

—¡Pero dijimos que nunca los gastaríamos, Pablo! ¡Pensé que íbamos a guardarlos!

—Yo digo que vayamos a hablar con él, Mati. Recuerda lo que nos dijo Bruno acerca de ser amables para hallar el éxito. A lo mejor don Gonzalo nos dijo de los globos porque sabía que íbamos a necesitar regalárselos a alguien para ser amables.

—¿Crees que don Gonzalo supiera que iba a pasar todo eso? —preguntó Matías, incrédulo.

—¿Y por qué no? Además, Bruno acaba de decirnos que ser amables es parte de hallar el éxito. Y doña Fina nos dijo que debíamos buscar el éxito espiritual.

¿Sabes? Cuando entré a pedir el agua, la señora de la caja no fue muy amable.

¡Eso me hizo sentir muy mal! Imagínate cómo se sentirá él sin dinero para pagar.

¡Yo quiero ayudar! Vamos, Mati. Ya luego seguimos nuestra aventura, ¿sí?

Matías no lucía muy convencido, pero acompañó a Pablo. Ambos avanzaron hasta aquella mesa y se pusieron a un lado. El joven no se percató de que ellos estaban ahí. Ya de cerca, lucía mucho menor de lo que Pablo había imaginado. Tendría apenas unos cinco o siete años más que ellos, pero su rostro era casi como el de un niño, aunque vestía ropa demasiado formal, como la que usaba el papá de Pablo para ir a trabajar.

Además, a Pablo ya no le pareció que estuviera cabizbajo; más bien le parecía completamente concentrado. No quitaba la vista de una servilleta en la que ponía algunas anotaciones con una pluma roja. De pronto, mientras los niños estaban ahí a un lado, sin notarlos, el joven pareció recordar algo y volvió a escribir una nota en ese trozo de papel.

—Disculpa –le dijo Pablo a aquel joven, extendiendo la mano en la que sostenía los globos–. Queremos regalarte esto.

Sin voltear, el joven siguió escribiendo hasta terminar su anotación en la servilleta. Luego, miró a Pablo y puso cara de que no entendía lo que le habían dicho. ¿Unos niños regalándole unos globos? No tenía sentido.

—Es que mi amigo —dijo Matías, como tratando de explicarle— quiso venir a pedir un vaso de agua porque hemos corrido mucho toda la mañana buscando el éxito y ya tenía mucha sed. Entonces…

—¿Que buscan qué?

—Buscamos qué es el éxito –respondió rápido Matías– porque sus papás discutieron anoche y…

Pablo le dio un codazo a Matías antes de que contara una vez más toda la historia de aquella mañana.

—Soy Pablo y él es mi amigo Matías. ¿Tú quién eres?

—Soy Salvador –dijo el joven, algo desconcertado– y ahora mismo estoy ocupado yo también estoy buscando algo. Muchas gracias por sus globos, pero no los necesito.

—Es que la señora de allá –insistió Pablo, señalando a la cajera– dijo que no tenías para pagar y por eso quise ser amable y traerte los globos. A lo mejor con ellos puedes pagar.

—Sí —completó Matías— y nos dijeron que ser amables es parte de encontrar el éxito. Y nosotros queremos encontrar el éxito para ir con los papás de Pablo y…

—¿De verdad están buscando el éxito? ¿Quién les dijo que podrían encontrarlo yendo por ahí regalando globos a extraños como yo?

—Ya no eres un extraño, Salvador –insistió Pablo, sonriendo–. Ahora nos conoces y nosotros a ti. ¿Vas a aceptar los globos o no? Además, piensa que el mundo se va a *globificar* y tú ya tendrías tus globos desde mucho antes…

—Eso se lo puedes decir a la señorita cajera —dijo Matías, en un tono de cómplice que susurra un gran plan— para que te los acepte como pago.

Salvador sonrió un poco con las ocurrencias de los niños.

—Está bien, está bien. Denme esos globos. Tendré que pensar cómo pueden formar parte del plan.

—¿Qué plan? –preguntó Pablo.

—El que estaba escribiendo antes de que llegaran.

—Cuando llegamos estabas pensando —dijo Matías–. Yo no vi que escribieras nada.

—Escribo lo que quiero en la vida.

—¿Es un plan de lo que quieres hacer en la vida? –preguntó, interesado, Pablo–¿Por qué?

Salvador se dio cuenta de que la curiosidad de Pablo y Matías no lo dejarían seguir escribiendo su plan. O quizá sólo necesitaba hablar…

—Miren, chicos, hay cosas que a lo mejor ustedes no entenderán, pero a veces la vida cambia muy rápido. Cuando menos lo esperen, ya no tendrán a su mamá o a su papá, o ya no tendrán buenas calificaciones. Hoy me di cuenta de que hay que estar listos para esos cambios.

—¿A qué te refieres con que no tendremos a nuestros papás? —preguntó Pablo.

Salvador hizo una pausa. Parecía como que algo muy grande se atoraba en su pecho, en su garganta.

—Mi mamá murió hace cuatro años. ¿Cuántos años tienes tú?

—Hoy cumplo nueve años –dijo Pablo, emocionado y orgulloso.

—¡Vaya! ¿De verdad es tu cumpleaños? ¡Felicidades! –dijo Salvador, suspirando–. Pues disfruta mucho, porque la vida puede cambiar muy rápido. Cuando tenía nueve años, no me imaginaba que mi madre iba a morir. Ella era una mujer muy fuerte, ¿saben? Le gustaba ser amable y sus amigos decían que era una sanadora. Curaba a otras personas y las hacía sentir bien. Hasta que un día ella se sintió mal y…

—Hizo su viaje al futuro –interrumpió Matías. Salvador lo miró desconcertado, pero continuó.

—Sí, hizo su viaje y no la volví a ver más.

—Pero —insistió Matías— ¿sabes una cosa? Hace un rato doña Fina nos dijo que, si cuando te toque hacer tu viaje al futuro, te encuentras ahí con tu mamá, querrá decir que encontraste el éxito, ¿sabías eso?

Salvador resistió aquel comentario sin llorar. Su garganta y toda su mirada se hizo un nudo de pronto. Miró la servilleta y continuó.

—No, niño. No sabía eso. Gracias por decírmelo. Espero que algún día de verdad pueda verla de nuevo. ¿Saben? Pensaba que ella estaría ahí siempre, ¡y miren! Yo tenía 13 cuando murió. Desde entonces vivo sólo con mi padre, pero a él nunca le gustó ver por el futuro. Vive al día. Dinero que ganaba, dinero que gastaba. Nunca imaginó que las circunstancias lo fueran a alcanzar. En un año se enfermó del corazón dos veces y yo tuve que trabajar porque no teníamos dinero para los médicos y las medicinas, pero no nos ha ido muy bien. Yo no puedo con el trabajo y la escuela. Es muy pesado todo.

—Por eso no tienes para pagar tu café… —dijo Pablo con cierta tristeza.

—Eso pensaba —dijo Salvador con un enorme coraje en su voz—. ¿Cómo pude llegar a esto? Siento como si hubiera estado dormido todo este tiempo. Creía que todo lo que me pasaba era por culpa de los demás. Ahora sé que todo lo que me pasa es porque yo he formado parte de la casualidad, de todo, pero tengo que

tomar el control. Voy a averiguar qué es lo que quiero y qué estoy persiguiendo. No quiero volver nunca a estar en esta situación de no tener dinero ni para pagar un café y pienso hacer algo al respecto. ¡Tengo que despertar! Y voy a empezar hoy. Ahora.

—¿De eso trata tu plan? ¿De lo que quieres? preguntó Pablo.

—Estoy escribiendo qué es lo que quiero hacer. No estoy seguro. Sólo sé que necesito un plan de lo que tengo qué hacer para trabajar mejor, para ser mejor.

—A nosotros no nos ha ido bien hoy tampoco –dijo Matías, poniendo la barbilla en la mesa como si la resignación le pesara en la cabeza.

—¿A lo mejor puedes decirnos cómo hacer un plan como el tuyo? –dijo Pablo, con cierta emoción.

—¡Pero no tengo idea de cómo hacer el plan! –respondió Salvador, con una risa irónica y un frenesí extraño.

—Entonces, ¿qué es lo que escribes en la servilleta? —preguntó Matías extrañado.

—Metas. Lugares a los que quiero llegar; cosas que quiero encontrar… No sé. De pronto, cuando me di cuenta de que no tenía dinero para pagar lo que había pedido, sentí una enorme necesidad de escribir todo lo que pasaba por mi mente.

Salvador hizo una pausa. Después acercó la servilleta a Pablo y a Matías para que pudieran observar lo que había escrito.

—Miren, esto fue lo primero que escribí.

En la servilleta se leía, con una letra vacilante y roja:

“Todo lo que soy hoy, todo lo que tengo hoy, es producto de mis decisiones. Ya no seré prisionero de ese calabozo. Ya no seré una víctima. ¡Seré libre!”

Pablo no entendía mucho la letra, pero Matías leyó en voz alta las frases como si leyera un telegrama.

—¡Guau! —el asombro de Matías colgaba de sus pestañas—. ¿Estabas prisionero en el calabozo de un castillo real? ¿Por eso tu papá se enfermó?

—No, no. Es una imagen que pensé. Cuando estás dormido y culpas a todos, lo que te ocurre es como si estuvieras encerrado en un calabozo oscuro. Me imaginé tocando las paredes una y otra vez, buscando la salida, pero reconociendo

los muros del calabozo, como si en el fondo no deseara salir de ahí. Imaginé que los muros son como las ideas de los demás, que te dicen “no puedes hacerlo…”. Despertar hoy fue como si esos muros desaparecieran; como si mis ojos abiertos los hubieran iluminado hasta desaparecerlos. Conocerme a mí mismo, saber lo que quiero y lo que no quiero, me hace sentir libre.

—¡Nosotros somos libres entonces! –dijo Pablo, emocionado– ¡Nosotros sabemos lo que queremos, ¿verdad, Matías? ¡Queremos encontrar el éxito para contarle a mi papá y que deje de estar preocupado por encontrarlo! Ya no quiero volver a verlo enfermo como el otro día.

Salvador tomó una servilleta y la puso sobre la mesa, frente a ambos niños.

Buscó una pluma entre su ropa, pero no la halló.

—Yo sé lo feo que se siente que tu papá se enferme –dijo Salvador y extendió la servilleta frente a los niños–. Tomen. Sólo que no tengo una pluma. Si consiguen una, podrán escribir en su propia servilleta lo que quieren; sus metas, pero creo que deben saber una cosa antes. Sospecho que el éxito que encuentren no le servirá de mucho a su papá. Él debe encontrar su propio éxito.

—¡Sé donde podemos conseguir una pluma! ¡Vamos, Pablo! —dijo Matías, emocionado, y echó a correr hacia la calle. Pablo no se movió. No le agradó nada escuchar eso que dijo del éxito y de su papá. No supo si el hueco que sintió de pronto en su estómago era por eso o por el hambre que empezaba a sentir.

—Ahora, si me perdonas, Pablo —dijo Salvador con una sonrisa, como hablándose a sí mismo—, tengo que pensar cómo pagar este café. Creo que podré hacer algo con estos globos. ¡Muchas gracias!

Pablo comenzó a caminar tras Matías, lentamente, pensando una y otra vez en lo que había dicho, y en que estaba cansado y hambriento. Mientras se alejaba, alcanzó a escuchar lo que Salvador se decía a sí mismo:

—Tengo que ordenar todas mis ideas en la mente, antes de escribirlas. ¡Son tantas! Creo que debo conseguir algo más grande que una servilleta… Una libreta tal vez…

—¡Pablo! –gritó Matías desde la calle antes de emprender la carrera de nuevo–. La papelería está donde vimos a Bruno, ¿recuerdas? Ahí compró sus tarjetas de Navidad. ¡Vamos allá!

Pablo se repetía esta pregunta en su mente: ¿A qué se refería Salvador con que el éxito no necesariamente le serviría a su papá? Y si no le serviría, ¿para qué seguir buscándolo? De pronto vio cómo Matías echó a correr. No sabía bien por qué, pero corrió detrás de él. Después de todo, tenía ganas de escribir sus metas en esa servilleta, aunque no tuviera claro el porqué.

# CAPÍTULO 8 Lo esencial es invisible…

La papelería estaba a un par de cuadras de la fonda, doblando la esquina. Matías esperó a Pablo para que corrieran juntos. Correr siempre los hacía sentir que todo estaba bien.

Pablo dejó atrás a Matías. Siempre presumía su rapidez. Nadie llegaba antes que él a la base cuando jugaba a las escondidillas. Soñaba con ser campeón mundial de velocidad en el campeonato mundial de escondidillas y, mientras imaginaba cómo recibiría la medalla de oro y los aplausos de los demás, al dar vuelta en la esquina para llegar a la papelería, Pablo deseó también haber sido campeón del mundo en frenado de emergencia, porque se topó de frente con un algo o un alguien al que no pudo evitar. Alguien que también se quejó mucho por el golpe. Ese alguien era un señor con aspecto de abuelito. Ambos terminaron en el piso tras el golpe. Pablo se golpeó la rodilla con el bastón del señor, mientras que la cabeza de Pablo se incrustó completamente en el estómago de aquel señor que no lograba recuperar el aliento. Matías, entre risas, ayudó a ambos a ponerse de pie.

—¿Pero qué hacen corriendo por las calles como bólidos, chamacos? —dijo el señor con dificultad.

—Vamos por una pluma a la papelería –respondió Matías mientras le ayudaba a Pablo a sobar su herida en la rodilla–. Necesitamos escribir nuestras metas antes de que sea tarde y se pierda el éxito para siempre. Nos acaban de decir que escribir las metas ayuda a encontrar lo que se quiere y nosotros buscamos el éxito.

—¿Y creen que ir por la vida corriendo y atropellando personas los ayudará?

—dijo el señor con cierta incredulidad–. A ver, a ver… Veamos…

El señor, mucho menos molesto, se dirigió a una banca que estaba frente a donde se habían caído él y Pablo.

—Lo primero que deben aprender, niños —dijo el señor con cierto tono cómico—, es a reconocer el nombre de la cosa con la que se tropiezan. Mi nombre es José Ramón, pero pueden llamarme don José. Yo soy su tropiezo de hoy.

¡Mucho gusto! Ahora, ¿pueden decirme por qué están buscando el éxito?

Mientras ayudaba a Pablo a levantarse, le dijo sus nombres a don José y le hizo un rápido resumen de lo que habían vivido hasta ese momento. Tan rápido y tan resumido, que a don José no le quedó muy claro nada, pero no importaba. El hecho es que se habían tropezado por algo.

—Así es, no cabe duda alguna –dijo don José, pensativo– Todo es perfecto en este bendito universo.

Pablo, que no dejaba de pensar en el dolor de su rodilla y en las preguntas que le surgieron tras hablar con Salvador en la fonda, respondió francamente molesto.

—¡Nada es perfecto! Nunca vamos a encontrar qué es el éxito y mi papá nunca va a estar tranquilo. Tengo hambre, me duelen los pies, la rodilla y quiero mis regalos y mi pastel.

—Calma, calma —dijo, paciente, don José–. Estás más cerca de encontrar lo que buscas de lo que tú mismo crees, Pablo; y quizás yo pueda ayudarte a encontrarlo.

Pablo y Matías recordaron a todas las personas con las que se habían topado durante el día y ya no les pareció tan buena idea hablar con nadie más. Lo que querían era llegar donde estuviera el éxito y llevarle la noticia a su papá o regresar a casa derrotados, pero a comer pastel.

—Ya hace rato hablamos con alguien como de su edad. Era una persona muy amable, se llama doña Fina, pero de verdad tenemos prisa. Debemos hacer el plan y necesitamos una pluma para escribirlo.

—Yo no tengo una pluma –dijo Don José–, pero sí tengo alguien que puede ayudarlos en su búsqueda. Y está aquí mismo, justo ahora.

La curiosidad característica de Matías lo hizo interesarse de pronto en lo que don José decía. Se acercó a la banca y se sentó junto a él. De inmediato, don José reaccionó:

—¡Cuidado, Matías! ¡Te ibas a sentar encima de él! Siéntate junto a mí, de este lado.

Matías rió, entre sorprendido e incrédulo. Al verlo reír, Pablo también se acercó.

—No te rías, Matías. ¡Te ibas a sentar encima de mi niño interior!

—Ahí no hay nadie –respondió Pablo, en tono de reclamo.

—Claro que sí, pero para hablar con él, primero deben estar listos y hacer lo que yo les diga. Mi niño interior sólo habla con niños que tengan listo su corazón para escucharlo. Para eso, deben poner su mano derecha en su corazón y su mano izquierda en su estómago.

Los niños hicieron lo que don José les indicaba, más por curiosidad que por verdadero interés.

—Bien, ahora, deben respirar profundamente y mirar hacia arriba… Mientras tanto, yo me quitaré mi máscara y seré…

Al decir estas palabras, don José hizo una pausa. Al continuar, su voz ya no era la de un señor sino la de un niño.

—…mi auténtico niño interior…

Al escuchar esto, los niños dejaron de mirar hacia arriba, sorprendidos. Junto a don José Ramón apareció, en efecto, un niño como de su edad, vestido con un elegante traje, bastón y sombrero de copa, que servían para enmarcar su brillante sonrisa. Su voz comenzó a escucharse de pronto, pero sin que moviera la boca, como hacía doña Fina cuando se encontraron con ella. De inmediato ambos niños le preguntaron quién era.

—Soy el niño interior de José Ramón –la voz que provenía de su interior, aunque era de niño, tenía más elegancia que su presencia–. Él me ha buscado hoy en su corazón para decirles, amigos míos, algo que les servirá mucho para completar su búsqueda del éxito.

—Es que ya hemos hablado con varias personas –dijo Pablo, aún incrédulo, mostrándole al niño el interior de su mochila– Mira, nos han dado cosas y nos han dicho consejos, pero aún no estoy contento. No creo estar más cerca de encontrar el éxito.

—Eso es porque no estás contento, Pablo. No hay otra razón.

—¿Cómo? —preguntó Pablo— ¿Si no estoy contento nunca podré encontrar el éxito? Pero, ayer que escuchaba a mi papá entendí que él necesitaba encontrar el éxito para ser feliz… ¡Ya no entiendo nada!

—Creo que empiezo a entender, Pablo –dijo Matías lentamente, poniendo una mano en el hombro de su amigo–. Hemos pasado todo el día buscando algo que ya traíamos.

—Así es —dijo alegremente el niño interno de José Ramón.

—¿No me digan? —dijo Pablo, entre sorprendido y animado—. Son los billetes, ¿verdad? Con los billetes puedo comprar todo lo demás.

—No, Pablo. Todo lo que traes en tu mochila sirve para que cumplas tu misión, pero al mismo tiempo, nada sirve si no tienes lo más importante.

—¿Y qué es eso tan importante? —preguntó Pablo, con un tono de ironía que delataba su cansancio.

—Es simple, Pablo. La clave para encontrar el éxito es encontrar la felicidad. Y yo conozco cinco maneras de vivir que pueden ayudarte a encontrarla.

—¿Cinco maneras de vivir? —preguntó Matías— ¿No sólo se está vivo y ya?

—Sí, Matías –respondió aquel niño elegante–, pero el simple hecho de vivir no garantiza que seas feliz. Hay que vivir de cierta manera para encontrar la felicidad. Es como si estuviera en medio de un gran bosque y cada uno de nosotros, al nacer, estuviera al borde de ese bosque. Vivir es caminar, pero puedes caminar por los senderos o puedes caminar a través de rocas y maleza. Puede que encuentres la felicidad de cualquier manera, pero les aseguro que, si siguen estos cinco senderos, llegarán más rápido.

Pablo se quedó en silencio unos momentos. Reflexionaba acerca de la imagen: él en un bosque, sin su familia, sin saber a dónde caminar. De pronto, resueltamente dijo:

—No me gustan los bosques –y remató, como para sí mismo–. ¿Cuáles son esos senderos?

—¡Excelente! –respondió alegre aquel niño— Me da gusto que preguntes, Pablo. Pues mira, el primero es el sendero de la vida placentera. Por ejemplo,

mencionabas que la clave eran los billetes, y entiendo: a veces por anhelar una mejor vida rodeados de cosas materiales no nos damos cuenta del valor que tienen las cosas y las personas que nos acompañan en ese momento. Una vida placentera es una en la que usas tus cinco sentidos para contemplar y valorar qué eres y dónde estás en el instante en el que lo contemplas. Una vez que logren eso, serán capaces de administrar su abundancia, porque todos tenemos vida en abundancia. Entonces: ¡gocen de esa abundancia y de la vida a cada instante!

—Administrar la abundancia —repitió Matías, como tratando de entender lo que decía aquel niño interno de don José.

—El segundo sendero es el de la vida gratificante. Como saben, algunas veces hay que hacer cosas que no nos gustan mucho, como levantarse temprano para ir a la escuela o hacer tareas. Bueno, vivir una vida gratificante es hacer todas esas cosas que no nos gusta hacer, pero sabiendo que nos llevan a obtener cosas más grandes. Si se levantan temprano y van a la escuela, podrán estudiar, tener amigos, y vivirán mejor y más tranquilos en el futuro; vivirán felices, y esa felicidad los tendrá más cerca del éxito. Entonces, sigan lo que su corazón les diga y, aunque haya cosas que no les gusten del mundo, hagan lo necesario siempre. Dar siempre es necesario, así que den, den todo lo que puedan a quien puedan.

—¿Dar? ¿Pero dar qué? ¿A quién?

—A quien lo necesite, cuando lo necesite. Tienes tu vida, tu abundancia para dar, Pablo. Y eso te lleva a la tercera senda: la vida buena.

—¿cómo sé si mi vida es buena? —preguntó Pablo rápidamente.

—Quien desea ser feliz por el simple deseo de estar bien, vive una vida buena.

Una vida buena es gozar del simple hecho de poder respirar.

—A mí me gusta mi vida, es sólo que quería encontrar el éxito para ayudar a mi papá. Él no parece muy contento con su vida, por eso se pone mal a veces, como el domingo.

—Y ¿cómo sabes que tu papá no está en su propia búsqueda, Pablo? Ésa es, tal vez, la senda más difícil de todas: la vida comprometida. Es cuando se está completamente concentrado en cumplir una meta, pero es una senda complicada de seguir porque hay muchas cosas que pueden distraerte de tu meta. Quizá eso le

pasa a tu papá ahora, pero eso no quiere decir que no vaya a encontrar el éxito nunca. Así como ustedes, a lo mejor tu papá y tu mamá también están concentrados en encontrar el éxito y no van a dejar que nada ni nadie los distraiga de eso. Estoy seguro. Si ustedes dedican su vida a hacer aquello que gozan hacer, encontrarán la felicidad.

Al escuchar eso, Pablo respiró profundamente. En vez de animarlo, pensar en su papá distraído de su meta, hizo que su cansancio fuera más grande. Pablo casi se sintió derrotado hasta las lágrimas.

—Muchas gracias por tus consejos –le dijo Pablo al niño interno de don José–, pero aún no termino de entender muchas de estas cosas. ¡Son demasiadas! Creo que no lo lograremos. Y estoy cansado. No le veo sentido a seguir…

—Ése es el último de los senderos, Pablo: La vida con sentido. Y tienes razón, si no le encuentras sentido a lo que haces, muchas veces te detendrás. Pero quien vive una vida con sentido, no sólo sabe qué hacer para cumplir su meta, sino que se siente tan bien y tan feliz que busca dar sin esperar nunca nada a cambio.

Busca dentro de ti cuál es el verdadero sentido de tu búsqueda, Pablo. ¡Y cumple tu misión!

—No te rindas, Pablo —dijo Matías mientras abrazaba a su amigo.

—Te lo repito, Pablo: la clave del éxito es ser feliz —dijo, enfático aquel niño mientras se acomodaba su sombrero—. Recuerda: “*todo es perfecto en este aquí y en este ahora”*.

Y al decir esta frase, la voz del niño interior de don José Ramón se desvaneció despacio en la mente de Pablo y de Matías.

—Qué les pareció, ¿niños? —dijo don José– ¿Ya ven que nuestro choque no fue casualidad? Todo es…

—¡ …perfecto en este bendito universo! –completó la frase Matías.

–¡Así es! ¡Muy bien! Veo que han puesto mucha atención –dijo don José, mientras tomaba su bastón, se ponía de pie y comenzaba a avanzar lentamente, alejándose de la banca y de los niños–. Ahora tengo que seguir mi camino. Me gustó mucho conversar con ustedes y que conocieran a mi niño interior. ¡Sigan su búsqueda! ¡Están muy cerca de encontrar respuestas!

Mientras don José Ramón daba la vuelta en aquella esquina, Pablo y Matías se quedaron un momento más en la banca, en completo silencio. Ambos reaccionaron de manera distinta al mensaje de aquel niño interno.

Matías no dejaba de pensar en las metas que debían escribir en la libreta y que ahora tenía una más: “buscar la felicidad”.

Pablo, en cambio, pensaba: “Ahora no sólo debo buscar el éxito, sino la felicidad… ¡esta aventura no terminará nunca!

En medio de sus pensamientos, Matías se puso de pie en dirección de la papelería, ya sin correr. Sólo debían cruzar la puerta de una escuela y estarían ahí.

Pablo lo siguió casi en automático, arrastrando los pies y, con ellos, los pensamientos…

# CAPÍTULO 9 Un, dos, tres por la felicidad

Pablo y Matías iban juntos, tal como lo habían hecho desde muy temprano esa mañana, aunque para esta hora, ya no corrían. El entusiasmo se había esfumado, en especial en Pablo, quien caminaba cabizbajo en dirección a la papelería para comprar la libreta en la que harían el plan de la misión. Pensaba en sus papás, en la misión y en todo lo que le habían dicho hasta ahora. Caminaba y se repetía a sí mismo: “tengo que ser feliz para hallar el éxito… tengo que ser feliz para hallar el éxito”, pero la frase le sonaba como una de esas fórmulas matemáticas que le costaba tanto trabajo aprender.

De pronto, un sonido distrajo a Pablo: era el llanto de un niño que estaba sentado en la banqueta, entre dos coches estacionados, casi enfrente de la entrada de un colegio. Algo lo hizo detenerse. Miró al niño, que llevaba un uniforme limpio como si acabara de salir de su casa, el cuello almidonado y blanco como pocas veces había visto Pablo la ropa de otro niño de su edad. Matías, que no había notado aún la razón por la que Pablo se detuvo, se acercó.

—Ya sé que estás cansado, amigo, pero no podemos detenernos, tenemos… Pablo miró al niño sentado en la acera y le hizo una señal a Matías para que no

hablara más.

—Hola —dijo tímidamente Pablo. El niño se estremeció sin voltear. Su llanto se hizo más sonoro. Pablo se acercó aún más, hasta que pudo tocar su hombro.

—Hola… ¿Por qué lloras?

Apenas lo tocó y el niño puso todo su cuerpo a la defensiva, como cuando se prepara para recibir un golpe. Algún intento de palabra salió de su boca, pero era tan tenue que ni Pablo ni Matías, que esperaba unos pasos atrás, lo entendieron.

—No tengas miedo. Me llamo Pablo, ¿puedo ayudarte?

Como si aquel niño no creyera lo que ocurría, levantó lentamente la mirada de entre sus brazos protectores. Pablo no podía creer lo limpio que estaban las mangas de su suéter azul cielo.

—¿Ustedes conocen a mi hermano? —dijo el niño, repitiendo la frase que había murmurado segundos antes–. ¿Lo han visto? ¿Han visto a mi hermano?

—Perdón –respondió Pablo– nosotros no vamos en tu escuela. No sé quién es tu hermano. ¿Cómo te llamas? ¿En qué año vas?

—Me llamo Luis y voy en cuarto.

—¿Y por qué estás afuera de la escuela? —insistió Pablo– ¿No te dejaron entrar?

—¡A lo mejor lo expulsaron! —dijo Matías a la distancia.

—¡Claro que no! –dijo Luis, cambiando un momento su miedo por un tono de enorme orgullo–. Soy un excelente alumno, pero…

—¿Qué pasó? —insistió Pablo al ver que Luis hacía una pausa y volvía a su actitud temerosa.

—Es que no quise entrar a la escuela porque no vino mi hermano.

—¿Y si no viene tu hermano no entras a la escuela? –preguntó Pablo– ¡Qué

raro!

—Es que… Tengo miedo.

—¿Miedo? ¿A qué?

—A la escuela. Si mi hermano no viene a la escuela, no estoy tranquilo.

¿Seguro que no lo han visto? Él es campeón de karate, mucha gente lo conoce.

—No, Luis, lo siento. No lo conozco… —respondió Pablo —. Luego preguntó, pensativo: ¿Te molestan en la escuela los de sexto? A mí me molestaban antes, pero un día, jugando a las escondidas, corrí muy rápido y les ayudé a ganar en el recreo y creo que eso les gustó, porque ya no me molestan.

—No, no es eso. A veces sí me molestan, pero no importa…

—¡Claro que importa, Luis! —interrumpió Pablo, casi tan curioso como molesto—. No está bien que te molesten, y no debes tenerles miedo. Yo también les tenía miedo, pero ahora que los conozco, la verdad es que no son malos. Algunos de ellos tienen mucho miedo, como tú, pero no les gusta admitirlo.

—¿Ellos tienen miedo? Eso no es cierto. Además, no son ellos por los que no entré a la escuela.

—¿Entonces?

El pequeño Luis temblaba como cuando tienes unas ganas inmensas de ir al baño quince minutos antes del recreo y no te dejan salir. Y así como si nada, Luis volvió a quedarse callado. Pablo sintió una mezcla de curiosidad y coraje. Recordó cuando esos grandulones de sexto lo molestaban y pudo entender a Luis, pero era evidente que ellos no eran el mayor temor del niño.

—Si no me dices a qué le temes, ¿cómo puedo ayudarte?

—¿Tú? ¿Ayudarme? –dijo Luis, casi indignado con la fácil pregunta de Pablo–. Tú no podrías hacer nada contra mi papá, sólo mi hermano puede. ¿De verdad no lo han visto?

—¡¿Tu papá?! –dijo Pablo con asombro–, pero, los papás son quienes ayudan cuando tienes miedo. ¿Por qué le tienes miedo a tu papá?

—Es que ayer hice algo que no debía, y el profesor Padilla lo supo y me acusó con la directora. Ellos llamaron a mi papá para que viniera hoy, a la hora de la salida. Y ya casi es hora de la salida y…

—¿Qué fue lo que hiciste?

—Pues… le dije a una niña llamada Jaqueline que si me daba un beso.

—¡Iuggg! –expresaron Pablo y Matías al mismo tiempo– ¿Un beso? ¿A una niña? ¿Por qué?

—Es que Jaqueline no es cualquier niña, ¡si ustedes la conocieran! —dijo Luis mientras suspiraba.

Pablo y Matías no pudieron evitar reír al escuchar eso. Luis los miró. Estaba muy molesto, casi tanto como para olvidar su miedo. Mostraba una fuerza que hasta ese momento no estaba presente en él.

—¡Déjenme en paz!

—¡Perdón! –respondió Matías, apenado y sorprendido–. ¡Qué carácter! ¿Por qué no le contestas así a tu papá?, ¿a ver?

Apenas escuchó la palabra “papá”, Luis volvió a su estado temeroso.

—¿Y pasaste toda la mañana ahí sentado? —preguntó Pablo.

—Sí, porque no quiero que venga mi papá; me va a matar. Tengo miedo y mi hermano no vino a la escuela. ¿Qué más iba a hacer? No quiero regresar a mi casa nunca.

En ese momento, Pablo recordó a su papá: aquellas veces en las que se sentía mal y se tambaleaba murmurando cosas que no entendía. Era como si fuera una persona distinta. Y Pablo le temía a esa otra persona que no era del todo su papá, pero entonces recordó lo que había ocurrido el domingo pasado, cómo venció su miedo para ayudarle a subir las escaleras y descansar. Sólo entonces, Pablo entendió. Se sentó junto a Luis en la banqueta, puso su mano en el hombro de aquel niño y recordó las palabras que dijo su padre aquella vez.

—Luis: tú puedes hacerlo.

—¿Puedo hacer qué? No entiendo…

Pablo lo miró a los ojos y habló con toda la seguridad que su corazón pudo brindarle.

—No dejes que nunca nadie te diga que no puedes hacerlo. A mí tampoco me gusta sentir miedo. Cuando lo tengo, siento que no puedo hacer nada y a mí me encanta hacer cosas todo el tiempo. Sin embargo, el domingo entendí que hay días en los que tienes que moverte a pesar del miedo. Yo creo que eres capaz de hablar con tu papá y explicarle por qué le dijiste eso a esa niña.

—Jaqueline —dijo, apresurado, Luis.

—Como se llame. Sólo piensa: ¿por qué le dijiste eso? ¡Si tienes un propósito, lograrás todo lo que quieras!

—Eso es porque tú no le tienes miedo a tu papá.

—Claro que le tengo miedo, a veces, como el domingo.

—Es que tú no lo has visto enojado. No creo que tu papá sea así. Cuando se enoja, ni yo mismo escucho mis gritos.

—Pero, Luis –insistió Pablo– tú elegiste decirle a la niña, por algo.

—A Jaque…

—Sí, Jaqueline, pues… Tú elegiste decirle que querías darle un beso. No fue tu papá, fuiste tú, Luis.

—Y, ¿eso qué?

—Pues que, si no enfrentas lo que haces, nunca podrás dejar de tenerle miedo a tu papá, ni a los niños de sexto, ni a nadie.

Los ojos de Luis se iluminaron de pronto. Algo vio dentro de sí, algo de las palabras de Pablo le hicieron ver una cosa que no había visto y eso lo llenó de luz y de una repentina tranquilidad que, incluso, lo hizo sonreír. Pablo identificó eso en la mirada de Luis y sintió que la luz de esa sonrisa le envolvía el corazón, como cuando él fingía dormir para que sus padres lo arroparan en las noches. El corazón de Pablo se sentía arropado por la sonrisa de Luis, como el domingo, cuando ayudó a su papá.

Así, después de toda la aventura de aquel día, Pablo mismo sonrío también.

De pronto, Matías se acercó a Pablo, lo jaló del hombro para llamar su atención, pero Pablo seguía absorto en esa sensación de bienestar. Matías veía en dirección al otro lado de la calle, a lo lejos, Matías insistió:

—Pablo, ¡mira!

Tanto Pablo como Luis miraron hacia donde señalaba Matías. Eran un par de siluetas acercándose sobre la acera. No caminaban juntos, pero se acercaban, uno de ellos con más prisa que el otro.

—¡Es mi papá! —gritaron Pablo y Luis. El papá de Pablo corría mirando en todas direcciones mientras que el paso firme y constante del padre de Luis lo acercaba cada vez más a la entrada de la escuela.

—Es hora, Luis. Yo tengo que irme. Pero estoy seguro de que al final del día, podrás abrazar a tu papá y él te entenderá. Vendré a buscarte para que me cuentes.

Luis se levantó de la acera, sacudió su pulcro uniforme y levantó la cara.

—Sí, ¡estoy decidido! –dijo con firmeza–. Ya no tengo miedo. Gracias, chicos.

¡Vuelvan pronto! ¡Los invitaré a mi casa a jugar!

Luis echó a correr hacia su papá y sin preguntarle, lo abrazó. Fue lo único que Pablo y Matías vieron antes de que un grito los distrajera.

—¡Pablo, hijo!

El papá de Pablo corrió a abrazarlo.

—¿Dónde te habías metido, Pablo?

Pablo le contó toda la aventura del día. Abrió su mochila y le enseñó el avión de madera y la carta con el cuento, y los billetes… Le mostró todas y cada una de las cosas que había reunido. Le contó de todos los personajes que había conocido; de los globos y del niño interno. Su papá estaba tan contento y sorprendido con toda aquella historia que olvidó toda la angustia de sentir que había perdido a su hijo. En especial, cuando Pablo le dijo que todo había empezado con la frase que le había escuchado decir la noche anterior.

—Pero, hijo, no tenías que hacer esto. Sí, quiero ser exitoso, pero es para que ustedes estén mejor. Para que todos estemos mejor en casa.

—Quise hacerlo, papá. No me gusta verte cuando te pones mal. Quiero ayudarte. Tú me dijiste que si nadie me decía que no podía, entonces podría hacerlo.

La voz del papá de Pablo se quebró y sólo alcanzó a murmurar un “gracias”.

Abrazó a Pablo y se quedó en silencio un momento.

—Hijo, tu mamá nos espera en casa. Ella buscó a un amigo para que hablara conmigo y con toda la familia, pero cuando vimos que no estabas, salimos a buscarte los tres. Tenemos que llamarles e ir a casa.

Ambos comenzaron a caminar tomados de la mano. Pablo estaba tan contento de ver a su papá de nuevo, que olvidó la mochila en el piso con todas sus cosas dentro. Matías observaba de cerca. Recogió la mochila, la cerró para que ningún regalo se perdiera y con una sonrisa, los siguió de cerca. Sabía que, a pesar de todo, la aventura apenas comenzaba.

# CAPÍTULO 10 Sueños y propósitos

El camino a casa fue algo extraño. El papá de Pablo se mantuvo en silencio todo el tiempo, pero caminaban de la mano y eso era algo que casi no pasaba. Pablo entendió que no estaba molesto; su silencio se debía a otras razones que de momento no entendía, pero no se sentía incómodo como otras veces, cuando su papá estaba enojado y no le dirigía ni una mirada. Esta vez, Pablo y su padre caminaban lado a lado; a veces se miraban y Pablo alcanzaba a ver algo como una sonrisa en el rostro de su papá. Además, sabía que detrás de ellos, Matías los seguía muy de cerca.

El camino a casa no duró mucho. Le había parecido que la aventura había sido muy larga. En realidad, apenas se había alejado unas cuantas cuadras. Entraron a su casa. La sala estaba perfectamente ordenada, nada parecía indicar que entre esos sillones perfectamente alineados se corrió un Gran-Prix internacional de autos de juguete apenas el domingo pasado. En el sillón individual estaba la mamá de Pablo. No parecía muy feliz que digamos; lucía suficientemente molesta como para no correr y abrazar a su hijo, aunque hubiera estado desaparecido esa mañana.

En la sala había alguien más. Sentado en el sofá estaba un hombre cuyo rostro resultó ligeramente familiar para Pablo. Parecía de la edad de sus papás, pero estaba vestido como un joven: chamarra, pantalón de mezclilla y playera blanca. Pablo se emocionó al pensar: “¡Tal vez mis papás trajeron un cantante a mi fiesta!”. Mientras Pablo repasaba su lista de canciones favoritas para hacer sus peticiones, aquel hombre sonrió.

—¡Me alegro de que todo esté bien contigo, Pablo! –dijo aquel hombre–. ¿Me recuerdas?

—No sé –dijo Pablo mientras entrecerraba los ojos y se llevándose la mano a la barbilla, como todo un detective–. ¿Sales en alguna de las portadas de los discos de papá?

Esa pregunta y la actitud de Pablo causaron una risa inmediata en aquel hombre y en el papá de Pablo. Pero no en su mamá.

—No sé de qué se ríen —dijo y, dirigiéndose al papá de Pablo, continuó— Tu hijo se va de la casa, ¿y te parece gracioso? ¿Para eso les pedí que vinieran?

¿Para que se rían de lo que pasa en esta casa?

El papá de Pablo, serio ante las preguntas de su esposa, iba a responder, pero ella lo interrumpió y dirigió su mirada a Pablo. Definitivamente no estaba nada contenta.

—¿Dónde te habías metido, Pablo? ¿Por qué te fuiste así?

—Fui a buscar el éxito para traerlo a casa y que papá ya no esté preocupado.

Así ya no se pondrá mal, como el domingo. Ya no quiero que se enojen.

El papá de Pablo puso las manos en los hombros de su hijo. Su rostro estaba lleno de orgullo. El mismo silencio que lo invadió a él camino a casa con su hijo, ahora invadía esa sala.

—Pablo –dijo aquel hombre misterioso, quizá para romper la tensión–, mi nombre es Claudio. Quizá me recuerdes porque soy un viejo amigo de tu papá. ¡Te conozco desde que naciste! Y sí, tal vez salgo en alguna portada de los discos de tu papá, porque soy cantante.

—¿Y te invitaron a mi cumpleaños porque vas a cantar algo?

—No, en realidad vine porque tu mamá está muy preocupada y me pidió escucharlos y hablar con toda la familia.

—¿Hablar de qué?

—De por qué tu papá a veces se siente mal y triste

—¿Cómo el domingo?

—Así es, Pablo. Y queremos hablar de cómo pueden resolverlo, como familia.

—Yo ya sé por qué se siente mal a veces, ¿verdad, papá? Pero, ¡creo que tengo la respuesta y…!

La mamá de Pablo lo interrumpió:

—Después tú y yo vamos a hablar muy seriamente, pero ahora vas a escuchar lo que Claudio tiene qué decirnos.

—Pero…

Su papá tomó de la mano a Pablo y, dirigiéndose al sillón frente al que estaba Claudio, le dijo:

—Deja que Claudio hable y después te prometo que nos platicas cómo te fue hoy, ¿sí, Pablo?

El niño no estaba muy conforme. ¿Por qué dejaban que un extraño les hablara en vez de escucharlo a él, que ya tenía la respuesta de qué es el éxito? Seguramente Matías no haría lo mismo. Él sí lo escucharía. “¿Dónde se habrá metido Matías?” se preguntó. En definitiva, no le parecía justo. Se sentó en el sillón a regañadientes, con los brazos entrecruzados.

—¿Sabes por qué me buscaron a mí, Pablo? –continuó Claudio. Pablo refunfuñó un “no” entrecortado.

—Tu mamá me contó lo que viviste con tu papá el domingo pasado. ¡Fue extraordinario! ¿sabes? Me da gusto que lo lograras, pero sé que tuviste ayuda, ¿o no?

Pablo no sabía de qué hablaba Claudio. Nadie había estado ahí aquel día. Claudio identificó en Pablo esa expresión de incredulidad y extrañeza. Entonces, continuó.

—Alguien muy importante te ayudó, Pablo. Yo lo sé y quise venir a hablarte de eso. Sucede que, incluso a tu edad, todos tenemos un niño interno que hace todo lo que sea necesario por conseguir lo que quiere, mientras no haya un adulto que le diga que no puede conseguirlo.

—Eso es lo que le dijiste a mamá ese día, ¿no papá? –dijo Pablo, sorprendido.

Su papá sólo movió la cabeza, asintiendo con una sonrisa.

—Fue ese niño interno el que te ayudó ese día, Pablo. Tu papá lo sabe porque ha vivido momentos complicados en su vida. Yo viví momentos difíciles como el que tú viviste con tu papá y logré cosas extraordinarias como tú. Por ejemplo, ¿sabes que yo era famoso? Me iba muy bien en lo que amo hacer. Pensaba que cantando y siendo famoso cumplía todos mis sueños de éxito. Creí que lo había encontrado.

—¿Y lo encontraste? –dijo Pablo, sorprendido; aunque de inmediato recordó su aventura y respondió con gran orgullo–. Pues yo también lo encontré hoy,

¿sabes?

—Ah, ¿sí? —preguntó la mamá de Pablo, con una sonrisa algo irónica.

—Sí, y puedo decirles qué es, porque para eso me fui en la mañana y…

—No tengo duda de que lo hayas conseguido, Pablo –interrumpió Claudio–. Pero hagamos un trato. ¿Qué te parece si me dejas terminar de contarte y después nos cuentas qué hiciste hoy?

Pablo miró a su papá, quien le pidió con un gesto que confiara. Entonces movió su cabeza de arriba abajo para que Claudio continuara.

—Pues… ¡No estaba nada cerca de encontrar el éxito, Pablo! Al contrario. Estaba perdido. Por aquellos días yo vivía en un edificio muy alto, ¡como siete pisos más alto que tu casa, Pablo! Bueno, pues un día me sentí tan perdido que me puse muy triste y enfermo. Algo parecido a como tú papá se sintió el domingo. Entonces, así enfermo como estaba me acerqué a la ventana y, sin darme cuenta, tropecé y caí de ese alto edificio donde vivía. Pero, ¡aquí estoy! ¿Sabes por qué? Porque aunque yo creía que estaba solo y que no había nadie que pidiera por mí, estaba equivocado. En ese momento mi mamá estaba preocupada y pedía por mí para que alguien me ayudara, para que mi niño interno me ayudara a encontrar el camino. ¿Y qué crees? ¡Ese niño interno fue quien evitó que me pasara algo! Ahora sé que encontré el éxito cuando decidí que nunca más abandonaría a ese niño interno que vive en mí y que debía pedir por mi y por todas las personas que lo necesitaran. Pues bien, Pablo, quiero decirte que ese niño fue el que te ayudó el domingo. El mejor consejo que puedo darte es que nunca lo abandones, que lo escuches siempre.

Cuando Pablo escuchaba la palabra “amigo” el único que venía a su mente era Matías, pero la manera en la que Claudio hablaba hizo que Pablo dudara. “¿Y si Matías estuvo ahí el domingo y no me di cuenta?”, pensó. Miró a sus papás y les dijo, con toda seguridad.

—De verdad, mamá, papá. No había nadie conmigo el domingo. ¡Se los juro!

Claudio sonrió. Entendió que quizá era necesario contar algo más para que Pablo entendiera.

—¿Sabes cómo conocí a tu papá, Pablo? Fue algo muy curioso. ¿Sabías que antes de que nacieras, tu papá quería ser un cantante famoso?

—Papá… ¿cantante famoso?

Pablo miró a su papá con asombro. Se imaginaba a los cantantes famosos como algo muy distinto a lo que era su papá ahora. Para Pablo, ellos no se vestían con trajes y corbatas elegantes, ni salen a trabajar todos los días desde temprano para conseguir lo que desean.

—¡Así es! No te lo imaginas, ¿verdad?

Ahora que Claudio lo mencionaba, le pareció divertido imaginar a su papá como un cantante súper famoso de la televisión mientras sus admiradores le gritaban “otra, otra, otra”. Mientras Pablo imaginaba la escena entre risas, su papá lo miró y le guiñó un ojo, como si quisiera convencerlo de algo que Pablo ya imaginaba a detalle.

—Pues sí, Pablo, ahí donde lo ves, tu papá creía que el éxito era ser un cantante famoso y por eso lo conocí. Tiempo después de que tuve mi encuentro milagroso con mi niño interior, me llamó una señora muy amable. Me dijo que un conocido le había dado mis datos para que yo pidiera por su hijo y hablara con él para convencerlo ser cantante famoso no era el éxito. Yo acepté con gusto y le pedí los datos de su hijo. Pero apenas colgué el teléfono, sonó el timbre de mi casa. En la puerta había un joven muy entusiasta. Ni siquiera me dejó terminar de preguntarle quién era. Me saludó con energía y me dijo: “Quiero ser cantante y tú me vas a ayudar en mi carrera para que sea un éxito”. ¿Sabes quién era esa persona?

—¿Papá?

—¡Claro!

—¿Y entonces por qué no eres un cantante famoso, papá? ¿O es que tienes un nombre artístico secreto? —preguntó Pablo.

—¡No hijo! No tengo un nombre artístico ni canto. La señora que llamó a Claudio era tu abuela.

—Así es, Pablo –continuó Claudio–. En ese momento yo elegí pedir por tu papá y ayudarlo a preguntarse si ése era su verdadero camino al éxito.

—¿Entonces, cuál era tu camino al éxito, papá?

El papá de Pablo no supo qué decir. Bajó la cabeza. Quería decir algo, pero no lograba hablar. Claudio lo ayudó.

—Lo que pasa, Pablo, es que tu papá tenía un sueño. Y los sueños son fundamentales. Todo en la vida empieza con un sueño. Un sueño siempre es la primera creación, aunque un sueño no sirve de nada si no tienes un propósito para hacer que se cumpla. Sin un propósito, un sueño corre el riesgo de perderse en el tiempo, o peor aún, hacer que tú te pierdas. El sueño de tu papá era encontrar el éxito, pero su sueño no tenía un propósito, por eso se perdió un poco en el camino,

¿no es así, amigo?

Cuando Claudio dijo esto, hizo una pausa. El papá de Pablo fue a sentarse junto a su esposa, tomó su mano y rompió el silencio con palabras que midió una a una en su interior.

—Así es, hijo. Me perdí. Y lo siento. Por eso me sentía triste a veces, como el domingo. Pensaba que eso me hacía sentir mejor, pero no es verdad. Hace rato, cuando me di cuenta de que no estabas, Pablo, ¡sentí tanto miedo! Y mientras corría por las calles buscándote supe que tú y tu mamá son el mejor de mis sueños y el propósito más grande que ese sueño pudiera tener. Con ustedes soy feliz y sólo estar con ustedes me hace sentir bien.

—¡Es como lo que sentí cuando ayudé a Luis hoy! –interrumpió Pablo.

—¿Quién es Luis? –preguntó su mamá.

—Es un niño de la escuela que está por el parque. Estaba llorando en la banqueta; tenía mucho miedo porque la directora había mandado llamar a su papá. Estaba afuera de la escuela sin saber qué hacer.

—¿Es lo que hacías cuando te encontré? –preguntó el papá de Pablo.

—Sí, su papá ya estaba llegando, pero después de que hablamos él se sintió mejor, ya no tenía miedo. Y saber que pude ayudarlo me hizo sentir feliz, muy feliz y exitoso. ¿Así de bien te hacemos sentir mamá y yo cuando estamos contigo, papá?

—Seguramente sí, Pablo.

—Porque ahora que lo pienso, todas las personas con las que hablamos hoy nos dijeron eso, de distintas maneras y no había entendido. Sin felicidad no encontraré el éxito, ¿verdad, papá?

Su papá se acercó a Pablo y lo abrazó sin responder. Pablo no lo vio pero su papá lloraba. Entendió que la mejor lección de su vida se la daba un niño de nueve años… nada menos que su hijo.

A pesar de la emoción, su mamá pareció caer en cuenta de un detalle y preguntó:

—¿” Hablamos”? ¿Cómo que “hablamos”? ¿Con quién fuiste, Pablo? ¿Con quién estuviste todo el día?

En ese momento alguien tocó a la puerta.

—¡Es Matías! ¿Puedo ir, papá? –preguntó Pablo, soltándose del abrazo de su padre–. Prometo que les contaré todo; pero, ¿puedo abrirle?

—Parece que ya encontró a su amigo, ¿no? –les dijo Claudio a los papás de Pablo–. Pueden estar tranquilos, él va a estar bien.

Pablo corría a abrir cuando Claudio recordó algo importante y, antes de que Pablo emprendiera la carrera, lo detuvo y le dijo:

—Pablo, recuerda que en el juego de la vida, como en las escondidillas, alguien pidió por mí. Hoy yo pido por ti: un, dos, tres, por mí, por Pablo y por todos mis amigos. Cuando encuentres el éxito, nunca olvides pedir por alguien, como en el juego, ¿de acuerdo?

Pablo estaba ansioso por abrirle la puerta a Matías, pero escuchó con atención el último consejo de Claudio.

—¡De acuerdo! Cuando entre Matías, ¿podemos jugar todos esos juegos?

Pablo salió corriendo casi tan rápido como aquel Ferrari rojo mientras gritaba por el pasillo: “¡Un dos tres por Matías que está detrás de la puerta!”.

# CAPÍTULO 11 Y así, comienza la reflexión

Una y otra vez se escuchaba un tímido, pero insistente sonido en la puerta.

Pablo por fin llegó, abrió la puerta.

—¡Un, dos, tres por ti, Matías! ¿Dónde estabas?

—Aquí estaba. Todo el tiempo estoy contigo. ¿No crees que olvidaste algo?

—¡Si! Perdóname, amigo. Me dio mucho gusto ver a mi papá y me olvidé de pedirte que vinieras con nosotros.

—No, Pablo, olvidaste algo más. ¡Mira!

Matías extendió sus manos y le regresó a Pablo la mochila que había olvidado al abrazar a su papá.

—¡Mis regalos! ¡Gracias, Mati! ¡Eres mi mejor amigo, de verdad! ¿Qué tal que alguien se los llevaba?

—Nadie se llevó nada. Todos tus regalos están aquí, Mira. Matías abrió la mochila y comenzó a sacar uno a uno los objetos que juntos habían reunido durante su aventura, como si deseara hacer un resumen.

—Aquí está tu súper Ferrari, ¡ganador de todas las carreras del mundo! Esto no fue un regalo de hoy pero nunca debes olvidarlo, amigo. Nunca debes olvidar jugar con el niño que eres y serás siempre. Y emocionarte cada vez que tus juguetes favoritos y tú consiguen ganarlo todo y hacerte sonreír.

Pablo miró su hermoso auto campeón y no podía dejar de sonreír al recordar la tarde en que su papá se lo regaló y se sentó a jugar con él por horas, como si fuera un niño más.

—Pero faltan cosas, Pablo— dijo Matías mientras metía la mano en la mochila y sacaba los billetes que les regaló don Gonzalo.

—¡Los billetes! ¡Somos ricos, Mati! ¡Pudio terminar la aventura sin gastarlos!

—Sí, Pablo. Y lo mejor de todo es que puedes elegir si los guardas siempre o los gastas en más regalos.

—No lo sé… Mejor los guardamos ¿No? Además, ¡Tienen la firma de don Gonzalo! Sospecho que nos serán útiles cuando seamos grandes, ¿No crees?

Matías volvió a meter la mano a mochila. Ahora salió el avión de madera que le hizo don Leo.

—¡El avión! Oye, Pablo. Ahora que lo pienso, ¡Nunca hicimos ese viaje al futuro!

—Pero doña Fina nos dijo que nadie puede ahorrarnos el viaje, ¿recuerdas? Y después de lo que vivimos hoy, ¡La verdad ya no quiero hacer ese viaje pronto! Quiero vivir todos los días como hoy, Mati.

—Tiene razón. Ya nos dijeron que no era aún nuestro tiempo de hacer el viaje. ¿Pero debe ser muy padre encontrarte con todas las personas que amas cuando haces ese viaje, no? Yo quiero hacer el viaje contigo, amigo. ¿Me prometes que vamos a ir juntos?

—Claro, Mati. ¡Tú y yo vamos a hacer el viaje y nos pondremos unas gafas enormes y unas gorras y unas bufandas y juntos vamos a hacer pilotos de este avión siempre!

—Yo pido ir adelante, ¿Sí? —pidió Matías entre risas

— ¡De acuerdo, Matí!

—¡Y mira, Pablo! ¡Tú cuento! —dijo Matías, mientras sacaba las páginas con la historia que le regalo.

—¡Claro, los ciegos! —Dijo Pablo.

—Y el elefante... ¿recuerdas al elefante, Pablo? ¡Cada persona decía algo distinto del elefante que estaban conociendo!

Pablo hizo una expresión de suspenso, como el rostro de un agente secreto que está a punto de develar un enorme secreto. Entonces, se acercó a Matías casi susurrando:

—¡Es como las personas que conocimos hoy, Mati! ¡Todos nos dieron consejos distintos! Que si el éxito está en amar lo que haces, que si está en ser amable, que si está en hacer planes o seguir caminos…

—Así es, Pablo hoy conocimos a muchas personas distintas, y cada una nos dijo algo diferente. Pero todas sus opiniones y sus consejos fueron valiosos. Al final el éxito es como aquel elefante, cada persona nos dijo que era desde donde lo había visto. Para mí, el éxito de nuestra aventura fue cuando el pequeño Luis se alegró con lo que le dijimos y perdió el miedo. Para ti, ¿Cuándo fue el éxito de nuestra aventura?

—¡igual! —dijo Pablo con una enorme sonrisa que iluminaba toda su expresión—. Me sentí muy alegre cuando vi que Luis dejaba de llorar y tener miedo. ¡Creo que fue el momento más exitoso del día!

Al escuchar esto, Matías metió la mano en la mochila una vez más e hizo una expresión de cierta tristeza.

—Ya no hay más regalos en la mochila.

Pablo pasó un brazo sobre los hombros de Matías.

—El mejor regalo de este día fue que me acompañaras, amigo. ¡Vamos! Te invito a mi fiesta. Mis papas van a hacer pastel y a lo mejor ellos me dan más regalos y…

—No, Pablo. Creo que mejor me voy. En este momento debes pasarlo con tus papás. Igual estoy todo el tiempo contigo. Siempre seremos mejores amigos,

¿verdad?

Pablo abrazó a su amigo como si en ese abrazo le prometiera que iban a ser mejor amigos siempre. Luego le sonrió y entró a su casa, cerrando la puerta tras su apurado paso.

Apenas había avanzado unos metros, Pablo escuchó de nuevo la puerta. Su corazón se aceleró emocionado. “Matías se arrepintió y viene a la fiesta” pensó.

—¡Matías! ¿Eres tú? —preguntó Pablo antes de abrir la puerta. Nadie respondió. Sólo tocaban a la puerta: Toc, toc, toc, toc…

Era tiempo de abrirla…

# CAPÍTULO FINAL Todo comienza en el espejo.

Toc, toc, toc, toc… Sonaba la puerta.

No terminaba de clarear el día, pero ese sonido trajo a Pablo de vuelta desde el sueño. No recordaba haber soñado nada aquella noche. No recordaba nada. Él,

¡a quien le encantaba soñar! La duda abrió sus ojos: “¿no soñé nada o no recuerdo lo que soñé?”, se preguntó.

Mientras la puerta sonaba sin parar, algo más llamó su atención. Sus piernas se sentían hinchadas, como si se hubiera puesto encima todos sus pijamas y las de la familia entera juntas. Movió sus piernas fuera de las cobijas y se sentó a la orilla de la cama, frente a la ventana. Puso las manos sobre las rodillas para incorporarse, pero no pudo: también eran otras sus manos. La piel estaba como cuando su baño tardaba horas, cuando le parecía divertido tener las manos llenas de arrugas; pero en ese momento no fue nada gracioso. Pablo paseó nerviosamente las manos por su rostro y confirmó lo que le angustiaba: su cara era distinta, estaba arrugada y llena de vellos hirsutos que picaban sus manos. Quiso correr al espejo para mirarse, pero ¡se movía tan lento! En definitiva, su cuerpo no era el mismo aquella mañana. Sintió una mezcla de desconcierto y nostalgia. ¿Qué había pasado? Y en la puerta ¡el sonido era cada vez más fuerte! Pablo se acercó lentamente y cada paso resonaba más fuerte gracias al piso de madera. Abrió la puerta sin preguntar quién tocaba. Apenas puso su mano en la perilla y logró girarla, un niño entró a la recámara con un grito:

—Es de día. ¡despierta! ¡ya es de día!

El niño dio un salto sobre la cama de Pablo y corrió de nuevo hasta Pablo, quien no terminaba de escuchar la última palabra del niño, cuando ya unos brazos delgados lo rodeaban. Era un brazo ansioso, que le regalaba todo su amor y energía a brincoteos.

—Hola, ¿Cómo estás? — respondió Pablo aún desconcertado.

Sin dejar de abrazarlo y algo extrañado por la respuesta de Pablo, el niño preguntó:

—¿Estás bien, abuelo?

De pronto, la mente de Pablo se resumió en una fecha. Apenas recordó qué día era, su vitalidad regresó a él a la velocidad de la luz y logró voltear para corresponder el abrazo del niño.

—¡Ya despierta, abuelo! ¡es el día! ¡feliz cumpleaños! — dijo el pequeño mientras hacía cosquillas a su abuelo.

—¡Este es un día muy especial, Matías! — dijo Pablo, agachándose —. Pero en vez de recibir regalos hoy quiero darte un regalo magnifico. Dime: ¿qué quieres? Con esos pantalones todos rotos como los traes, seguro que un poco de ropa no te sobrará.

—¿Ropa? ¡qué aburrido, abuelo! Los pantalones son así, ¿sabes? Además, yo soy el que debo darte un regalo. ¡Lo pensé desde hace semanas!

Pablo se convirtió, todo él, en una sonrisa. De pronto su duda al despertar se disipó. ¡Claro que había soñado! ¡ahora lo recordaba todo! Entonces, con una mirada cómplice, le contestó a Matías.

—Ya sé qué regalo te voy a dar. Voy a contarte la mejor de todas las historias. Te contaré la aventura de cuando descubrí qué era el éxito, pero, espera… Ahora que recuerdo, no estaba solo, ¡no! Me acompaño mi mejor amigo. ¿Tú sabías que yo insistí mucho en que te pusieron ese nombre, Matías?

—¡Sí abuelo! —Respondió Matías con una carcajada—.

Cuando mis papás me cuentan siempre se ríen mucho. Mi mamá dice que eres muy insistente, pero, ¿qué tiene que ver eso con la aventura?

—¿Sabías que mi mejor amigo y compañero de aventuras se llama Matías?

—¡¿No?! —Los ojos del pequeño Matías se abrieron mucho cuando descubrió tal misterio.

—¡Sí! ¡por eso quería que te pusieran Matías! Ven, dame la mano, te voy a presentar a mi mejor amigo. ¡Tienes que conocerlo!

—¿Esta aquí? — dijo Matías, emocionado. De pronto se puso a buscar con los ojos en toda la habitación.

—Sí, está por acá, mira.

Los pasos de Pablo eran muy lentos. Aunque el pequeño Matías tiraba de él, no avanzaba mucho más rápido. De pronto, los brincoteos desesperados de Matías resonaron en la duela. Pablo estaba tan emocionado que comenzó a escuchar como su corazón se aceleraba. Pronto, los brincoteos de Matías y el latir del corazón de su abuelo sonaban al unísono, como tambores que llamaban a una ceremonia en torno a un fuego milenario. Pablo recordó súbitamente aquel sueño que tuvo cuando descansaba de ayudar a su padre a subir las escaleras, aquel domingo antes de su cumpleaños número nueve. Sus pasos se avivaron súbitamente, Sintió como su sangre le regresaba una vitalidad perdida. Y acaso el pequeño Matías pudo percibir algo de lo que pasaba en el interior de su abuelo, porque detuvo su ímpetu y miro arriba, a su abuelo: los ojos como rejuvenecidos y su mirada fija en lo que veía adelante. Aunque no entendía nada, Matías supo que algo importante estaba por ocurrir.

Pablo y su nieto llegaron al otro lado de la habitación, justo frente a un alto y bruñido espejo de pie. Matías buscaba por todos lados. No entendía dónde estaba el mejor amigo de su abuelo. En el espejo sólo se reflejaban Pablo y él.

—¿Juegan a las escondidillas, abuelo?

Pablo no contestó. Guardaba silencio, Matías soltó la mano de su abuelo y se acercó sigilosamente hacía el espacio entre el muro y el espejo, como acechando. De pronto dio un salto tras el espejo y gritó:

—¡Un, dos, tres por el amigo del abuelo!

Nadie estaba ahí. Matías miró a su abuelo, quien seguía mirando fijamente el espejo, en silencio, sin moverse.

Pablo seguía escuchando esos tambores. Aquel sueño de infancia se proyectó como una imagen nítida frente al espejo. De nuevo, estaban ahí la aldea y aquellas personas como sombras y como luz que danzaban el rito al rito del crepitar de brazas y del retumbar de tambores y de corazones. Y, frente a todos y a todo, estaba el espejo. Siempre el espejo. Pero, en esta ensoñación del viejo Pablo había cosas distintas. Ya no estaba su padre sentado, de espaldas, al espejo; ahora era Pablo quien estaba ahí, pero de frente. Y ya no era un ser de luz y un ser de sombra. Ya no estaba dividido: era una misma persona. Del espejo surgió entonces una voz que le pareció familiar y lo estremeció. Era la voz del pequeño Matías, su mejor amigo, que lo acompañó siempre y que ahora le decía: “Tu tarea está casi completa, Pablo. Ya pronto haremos nuestro propio viaje al futuro, a través del espejo, como tu padre lo hizo alguna vez...”.

Esos segundos de ensoñación en los que su abuelo permaneció de pie, como hipnotizado, frente al espejo, asustaron un poco a su nieto. Y justo cuando dio un paso para alejarse de ese lugar, su abuelo tomó su mano y le dijo:

—Ahí lo tienes. Matías, te presento a Matías.

—¿Dónde abuelo? — respondió el niño, algo nervioso.

—Ahí, junto a ti—dijo su abuelo señalando el espejo.

En ese momento, Matías se estremeció también. En el espejo ya no aparecía la cansada imagen de su abuelo, sino un niño. Un niño como él.

—¿Abuelo? ¿tú? ¿tú eres Matías?

—¿Qué es lo que ves ahí, en el espejo? —le preguntó Pablo a su nieto.

—Pues estoy yo y… Estas tú, abuelo, ¡pero eres un niño!

Matías dudo al responder y como para quitarse de encima la incomodidad, le preguntó al niño del espejo, casi como un reto:

—¿Y tú que ves?

—¡Yo veo tantas cosas! Matías y yo siempre fuimos una misma persona. Y siempre fue mi mejor amigo. Me acompañó en la mejor aventura y me dio los mejores consejos. ¡Porque los niños son los mejores maestros, Matías! Ahora que miro al espejo veo a ese niño que un día fui y me doy cuenta de que lo abandoné. Dejé de procurarlo y de amarlo. Hoy descubro que aquel niño debía vivir siempre conmigo y quiero pedirle perdón por dejarlo y quería que lo conocieras, para que tú, mi pequeño Matí, nunca abandones a tu niño.

Mientras el abuelo hablaba, el Matías del espejo le sonreía al pequeño nieto de Pablo. En la imagen del espejo había dos niños sonrientes, tomados de la mano y dispuestos a la siguiente aventura. Entonces, Matías dejo de mirar el espejo y volteo a darle el más grande abrazo que Pablo recibió en mucho tiempo.

—¡Matías! — dijo de pronto Pablo—. ¡Hoy es mi cumpleaños! Hoy todo se va a poner genial. Habrá pastel y regalos. ¡Muchos regalos! Y va a ser el mejor cumpleaños porque hoy te voy a regalar otra cosa muy especial.

—¡Otro regalo, abuelo! ¡qué bien!

—¡Sí! ¡Más regalos! Es una historia. Se llama: “Un, dos, tres, por mí, por el éxito y por todos mis amigos”.

Primero, te contaré algo acerca de un reino de ciegos y de un elefante… Y ahí es donde comienza toda la aventura, en el espejo.

# Índice

Prólogo 2

Presentación 4

Agradecimientos 6

Cap. 1. ¿Un, dos, tres por… 8

Cap. 2. ¡Es mi cumpleaños! 13

Cap. 3. El avión de madera. 19

Cap. 4. Viaje al futuro 25

Cap. 5. Doña Fina 35

Cap. 6. El éxito está en dar 44

Cap. 7. El despertar 51

Cap. 8. Lo esencial es invisible… 59

Cap. 9. Un, dos, tres por la felicidad 66

Cap. 10. Sueños y propósitos 72

Cap. 11. Y así, comienza la reflexión 79

Cap. Final. Todo comienza en el espejo 83

